
CIENCIA FICCIÓN
PETER KAPRA
LOS MAGOS DE URCA
R.CORTIELLA

PETER KAPRA

Los magos de Urca

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

Depósito Legal: B. 30.538-1969

Printed in Spain — Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 — Barcelona

Capítulo primero

Una violenta tempestad sideral lanzó a la astronave «Sabre-X-99», a los pavorosos abismos del cosmos, como la brizna de paja es lanzada por el horroroso huracán. De haberla sorprendido en su caótico seno, la dentellada radiactiva de billones de curios la habría desintegrado en el acto.

El ataque de los infinitos fuegos cósmicos fue tangencial. Aun así, de los sesenta tripulantes, sólo sobrevivieron doce y la astronave sufrió desperfectos irreparables.

Recorrió billones de millas en fracciones de segundo, cual saeta ígnea e incontrolada del hiperespacio sidéreo, a cientos de miles de años luz de su lugar de origen.

La «Sabre-X-99» procedía de la Tierra. Era una astronave de las fuerzas del Espacio, en misión de reconocimiento estelar… ¡Un viaje de ida al infinito, sin posible regreso, dada la breve existencia de sus tripulantes!

Por fortuna para los supervivientes, el comandante Greiz sobrevivió al espantoso cataclismo. Logró alcanzar la cabina de seguridad, encerrándose en ella herméticamente. Una tempestad sideral no era nueva para él.

Antes de ello, a través de las placas parlantes había ordenado a la tripulación que ocupase la cámara del vacío absoluto, por ser la más segura y central de la nave. Por desgracia, no todos pudieron llegar.

Las radiaciones atravesaron la nave, perforándola por billones de sitios. El fuego devorador se ensañó con máquinas, controles, computadoras, motores, dínamos y todo cuanto halló en el interior de la «Sabre-X-99», convirtiendo muchos objetos en polvo frágil y derritiendo

todo cuanto encontró en sus compartimientos exteriores.

¡Fue un diabólico caos, un desastre apocalíptico!

Después, llevada por la inercia, la astronave entró en la zona de influencia de un sistema compuesto por un sol gigante y seis grandes planetas, hasta terminar orbitando en torno a un mundo singular y curioso, cuyo nombre era Urca. Mundo de tiranos y magos, de exorcismos, hechizos y sueños imposibles.

El comandante Greiz fue el primero en salir de la cabina de seguridad del puente de mando, una especie de ataúd metálico adosado al muro, cuyas paredes antirradiactivas le habían protegido de una muerte cierta.

Greiz era un militar nato. Las continuas guerras espaciales habían convertido a todos los humanos en militares. Se nacía ya prestando un servicio a la humanidad amenazada.

En la maternidad donde vio la luz del día y de donde le separaron de su madre al segundo de venir al mundo, pronto destacó de los demás niños acogidos a la tutela de las fuerzas armadas. Pasó la lactancia con disciplina y sus primeros pasos también fueron extrañamente marciales.

La Tierra, en el siglo xxiv, estaba totalmente militarizada. Las ciudades habían desaparecido y los dos mil millones de seres que la poblaban vivían en enormes refugios atómicos, bajo tierra, mientras que quince mil millones más luchaban en los confines del Sistema, conteniendo los avances, ataques y retrocesos de los centauros o epsilones, los ya, al parecer, ancestrales enemigos verdes y pequeños de Próxima Centauro o Epsilón.

Era una guerra y duraba ya más de dos siglos. La Guerra Eterna, al final de la cual, una de las dos razas dejaría de existir.

Y causa de esta interminable guerra fue el nacimiento de Haar Greiz, que a los diez años ya era sargento y a los quince, teniente. Estrategia espacial, astronáutica, sicología, ciencias físicas, astronomía, robótica o cibernética, armas sónicas, atómicas, vibratorias, paralizantes y desintegrantes. Tales fueron sus estudios encefalográficos. Semanas y meses con los diodos puestos en los temporales, sintiendo cruzar su cerebro aún infantil con las fórmulas y los esquemas técnicos de ciencias que debían ser aprendidas y jamás olvidadas.

A los veinte años, Greiz era un capitán de astronave militar e intervino en su primer hecho de armas, dirigiendo una «Flight-H-33», rauda como un rayo, al mando de veinte artilleros atómicos. La operación consistió en atacar Plutón, ocupado por los centauros durante

doce años.

Diez mil naves de guerra se lanzaron al asalto. Nueve mil quedaron destruidas en los primeros instantes. Las otras, entre las que iba Greiz, atacaron, arrasaron y asolaron Plutón, exterminando sistemáticamente todos los reductos y desintegrando, en medio de volcánicas llamaradas, a los invasores.

Por méritos de guerra, Haar Greiz fue ascendido a comandante. Regresó a la Tierra como héroe y su nombre se pronunciaba en las escuelas militares con veneración y respeto.

Ya no volvió a la guerra. Se le necesitó como instructor de astronautas militares. Aprendió nuevas tácticas y cumplió veinticinco años. Fue entonces cuando el Departamento de Investigaciones Siderales le llamó para comandar la astronave «Sabre-X-99», el primer vehículo hiperlumínico construido por el hombre de ciencia.

Nadie había ostentado jamás un honor tan alto, excepto los ingenieros de prueba, que realizaron varias órbitas en torno al Sol en pocos minutos regresando sanos y salvos.

¿Cómo se logró vencer la infranqueable barrera de la luz? Era algo que todavía no parecía comprenderse. Aquello era tanto como decir que la materia poseía traslación instantánea en el ambiente propicio del alto espacio, en el casi vacío absoluto, donde los roces moleculares eran prácticamente nulos.

A la velocidad normal de sesenta mil kilómetros hora, la nave se situaba en el punto cero de la «aceleración magnética». Allí, en pocos segundos, eludiendo, naturalmente, la gravitación de los mundos, o como se decía, «deslizándose por los pasillos de vacío», la nave aceleraba su velocidad hasta alcanzar, e incluso sobrepasar, la velocidad lumínica.

Greiz había sido de los primeros seres humanos que se proyectaron al hiperespacio a más de 300 mil kilómetros por segundo… ¡Y sus organismos no sufrieron la más mínima alteración! En realidad, no sentían la alucinante velocidad dentro de su gravitación artificial.

Sin embargo, muchos científicos supusieron, y de ello estaba ahora Greiz convencido, de que su misión especial al cosmos, no tenía regreso. Y así parecía ser.

* * *

Abrió la cámara de vacío absoluto y vio los once cuerpos tendidos

sobre el piso verde, de goma. Todos parecían intactos. Allí estaba la teniente Selly, vestida con su corta túnica roja, recamada de discos de oro y sobre su vientre la «helly» —curiosa arma ultrasónica— con su dispositivo de doble acción, paralizante y desintegrante.

El cadete femenino Pearl Silvery, con su buzo gris y el cabello corto, estaba junto a Selly. Después venían el ingeniero Vandoe, que estaba abrazado a la soldado Jean Foix, como si hubiesen querido morir besándose.

No estaban muertos. Greiz tomó nota mental de aquella irrespetuosa postura para amonestar posteriormente a la soldado Foix, de conducta poco honorable y muy frívola.

Estaban también el soldado Ins y la mecánico Hemma Poltz. Más allá yacía el teniente Ralph Anders. Greiz sintió un enorme alivio al reconocerle, con su rostro aniñado y sus animosos y ahora cerrados ojos azules. Representaba para él una gran ayuda poder contar con Anders en momentos tan difíciles como los que se avecinaban.

Y por último, en un rincón, había otros cuatro cuerpos insensibles. Al acercarse, procurando no pisar a nadie, reconoció a la geólogo Agnes Rohm, con su minifalda de patinadora, luciendo como siempre sus bonitas piernas; al sargento Bracque… ¡Y, oh, gracias, Dios, a su asistenta Miriam Older, la graciosa y chispeante amiga de Greiz, cuidadora de su estómago y sus ropas!

Al fondo, yacía el teniente de comunicaciones Paul Nyanza.

La casualidad había querido que de toda su tripulación, sobrevivieran seis hombres y seis mujeres. Y ninguno allí era viejo. El mayor de todos era Greiz, con veintiséis años. La más joven, la cadete Silvery, con diecisiete.

—Podemos formar los cimientos de una nueva civilización —se dijo Greiz, al levantar el primer cuerpo yacente que había cerca de la entrada de la cámara de vacío, para trasladarlo a la antecámara, donde estaba el reanimador físico, milagrosamente ileso del cataclismo.

Fue la teniente Selly, pues, la primera en ser reanimada. La máquina tenía un dispositivo electrónico autónomo y funcionó perfectamente.

Selly se contrajo y se mordió instintivamente los labios rojos, que parecían pintados. Luego un gemido débil y femenino surgió de su garganta. Terminó por abrir sus grandes y luminosos ojos.

—¡Ah! —fue lo primero que dijo la teniente Selly.

—Me alegro de volverla a ver, teniente.

—¡Señor!

La joven saltó de la mesa del reanimador para ponerse firmes ante su superior, y luego saludar militarmente.

—Descanse, teniente. Hay diez tripulantes en la cámara de vacío. Debemos reanimarlos.

—Sí, señor… Recuerdo perfectamente las órdenes de usted cuando la nave perdió su estabilidad. La cadete Pearl venía conmigo de inspección. Acudimos rápidamente aquí… ¿Y el resto de la tripulación?

—Desaparecida. Cruzamos una violenta tempestad sideral. La nave está inservible, casi triturada en sus mamparos externos. Sólo este sector central y el puente de mando se ha salvado. Pero no tenemos motores, ni nada.

La expresión de Selly se transformó de sorpresa en desaliento.

—¿Dónde estamos?

—No lo sé… Vagando por el espacio… ¡A millones de años luz de nuestro mundo! Pero no se desanime, teniente. Estamos con vida. Algo puede ocurrir. Ayúdeme a reanimar a los otros.

Fueron a la cámara de vacío y sacaron, entre ambos, a la joven cadete Pearl Silvery. Selly se fijó en la posición de la soldado Jean Foix y el ingeniero Vandoe. Su semblante se ruborizó.

—¿Ha visto eso, señor? ¿Cómo es posible?

—Lo disculpo como un irreflexivo acto de protección ante la posibilidad de la muerte. Eso debió de ser lo que sintieron al rugir el cataclismo sideral. El instinto primitivo del sexo debió de surgir en ellos…

—¡Ni ante la muerte cierta me dejaría dominar yo por el instinto primario! —exclamó la bella y exquisita teniente Selly, con un gesto imperioso y despreciativo—. La soldado Foix merece un severo castigo.

—Yo sabía que era una mujer frívola, pero eficiente. Estudié su historial. En cambio, el ingeniero Vandoe es equilibrado, serio y metódico.

Sacaron a la cadete Silvery y la reanimaron. La joven superviviente, al saber lo que había ocurrido, se echó a llorar, gimiendo e hipando. Selly hubo de abofetearla, ordenándole:

—Deja de llorar, cadete Silvery. Hay que reanimar a nuestros compañeros.

—Déjala llorar, teniente —medió Greiz, con una conmiserativa sonrisa—. Es muy joven aún. Yo la ayudaré.

Entraron de nuevo el comandante y la teniente Selly y separaron a la soldado Jean Foix de los brazos del ingeniero. La sacaron en volandas.

El reanimador vibró de nuevo y Jean se contrajo, abriendo inmediatamente los ojos. Como todos los componentes femeninos de la tripulación, era bonita. En otras circunstancias y lugar, Greiz se habría sentido complacido en admirar sus bien formados senos, sus ondulantes caderas y sus largas y esbeltas piernas, que todas ellas ostentaban con desenfado.

Pero, en aquellos momentos, Greiz tenía sobre sí una enorme responsabilidad. Once vidas estaban en sus manos. Conservarlas sería difícil a juzgar por lo poco que había visto de la nave espacial, en donde poco o casi nada parecía ser útil.

—¡Estabas abrazada al ingeniero Vandoe! —exclamó Selly, mirando severamente a la reanimada.

—¿Yo, teniente?

—Sí tú, desvergonzada —acusó Selly, fruncidos sus bonitos labios.

—No lo recuerdo… Grité mucho y debí perder el conocimiento… No sé lo que pasó.

—Déjela, teniente. Su acto es disculpable. Estoy seguro de que no volverá a repetirse… Cadete Silvery, ayude a reanimar a los demás tripulantes. Usted, teniente, venga conmigo al puente. Hemos de estudiar la situación… Y reanimen al teniente Anders.

Greiz captó una leve alteración en las facciones de Selly al oír el nombre de Anders. Creyó comprender el motivo. Selly y el oficial ayudante debían de estar enamorados. Antes de ocurrir la catástrofe, los había visto juntos con alguna frecuencia, sobre todo en los lugares más aislados de la nave.

Y Greiz, que había sido tolerante en muchos aspectos, sintió ahora una vaga inquietud. La situación había cambiado muchísimo a bordo. Su capitanía acababa de sufrir un grave revés con la desaparición de cuarenta y ocho tripulantes, entre los que había estado Irish.

Cerró los ojos y evocó a la Consejera Espacial. Ya no la volvería a ver jamás. Precisamente, se encontraba en el lugar más vulnerable de la nave cuando les sorprendió la tempestad. Debió de morir en el acto.

¡Pero Irish no era mujer para morir! Quien la había conocido no la olvidaría jamás. La belleza y la sabiduría se habían encontrado en ella. Greiz no era hombre que cometiera errores. Sólo tuvo uno, al equivocarse en un cálculo orbital. Irish le había rectificado, porque jamás cometió un error.

Ahora Haar Greiz no tendría a la esbelta morena de los ojos felinos para aconsejarle en sus decisiones importantes.

Abrió los ojos. La teniente Selly le estaba observando fijamente.

—¿Puedo preguntarle lo que piensa, señor, o es demasiado atrevimiento?

Greiz mintió:

—Pienso en si no sería mejor dejarles inconscientes a todos. Quizá reanimarles sólo sirva para hacerles morir de nuevo.

—Creí que pensaba usted en la Consejera Irish Montez, señor —añadió Selly, con descaro.

* * *

Greiz entró en el puente y tuvo un sobresalto al ver allí a la figura más extraña e insólita que había visto en toda su vida… ¡Un ser extraterrestre, pero humanoide, de tez lisa y olivácea, ojos protegidos por objetos metálicos y ranurados, ropón largo, de vivos y complicados colores, y manos enfundadas en manoplas metálicas!

Greiz retrocedió atónito, tropezando con Selly, que iba tras él. Y fue ella la primera que reaccionó, echando mano a la «helly» que pendía de su cuello.

—¡Apártese, comandante! —gritó, dispuesta a disparar.

Greiz la contuvo con un gesto seco y cortante.

—No… ¿Quién es usted?

—Soy el mago Ank-pgor —respondió el sujeto, sonriendo… ¡Y empleando el mismo lenguaje de los terrestres!

—¿Habla nuestra lengua? ¿De dónde ha venido? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

La sonrisa del intruso se acentuó, haciendo al mismo tiempo un movimiento con las manos.

—Estoy en todas partes. Vengo de Urca, por mandato del Gran Señor, el Poderoso y Justo Arktmer, Tirano y Déspota.

—¿Qué es Urca? —preguntó Greiz, sin haber podido reaccionar aún.

—El planeta sobre el que estáis orbitando.

—Y ¿cómo es que conoce nuestra lengua?

—La estoy aprendiendo ahora, leyendo vuestras mentes con la celeridad del rayo. Y no es difícil hacerlo. El magnetismo que despide tu cerebro lo capto con facilidad. Nuestra lengua es distinta, pero poseo una gran capacidad de asimilación… Por algo soy mago de Arktmer… Uno de sus mejores magos.

El individuo que había dicho llamarse Ank-pgor avanzó hacia Greiz y Selly como flotando a escasos centímetros del suelo.

—No temáis. No os haré daño alguno. Dejadme estudiaros bien y regresaré al palacio verde de Arktmer a informarle de quiénes sois.

Los objetos metálicos y ranurados que llevaba sobre los ojos, a modo de extrañas gafas, oscilaron y de su interior pareció surgir una chispa blanquecina y débil.

Greiz quedó rígido, al igual que la teniente Selly.

El extraño intruso estuvo unos minutos examinando de cerca a los dos terrestres, tocando sus ropas y sus facciones y dando vueltas en torno a ellos.

Luego, como oyera los pasos rápidos del teniente Ralph Anders, acercándose por el pasillo central, sujeto retrocedió hacia el centro del puente de mando… ¡Y allí se esfumó, desapareciendo como si fuese un espectro!

El apuesto teniente Anders supuso a sus camaradas inmóviles, pero no inconscientes, y se acercó, diciendo:

—La cadete Pearl Silvery me ha dicho que me esperaban aquí… ¿Eh, qué les ocurre? ¡Teniente Selly!

Selly sacudió la cabeza, como si el grito la hubiese despertado.

Greiz también reaccionó entonces, volviéndose. Sonrió y dijo:

—Hola, Ralph. Me alegro de volverte a ver. Entra, estudiaremos juntos la situación.

—¿Qué les ha ocurrido? —preguntó el oficial, mirando alternativamente a su superior y a Selly—. ¡Estaban como… aturdidos!

—¿Aturdidos? —se extrañó Selly—. ¿Qué quieres decir? No nos ha ocurrido nada.

—No, nada —añadió Greiz, entrando en el puente y señalando en derredor—. Eso es lo que nos ha quedado… La trazadora orbital, la coordinadora, la radio… ¿Y si intentamos establecer contacto con la Tierra?

—Avisaré a Nyanza —dijo Selly.

—No corre prisa. En primer lugar, hemos de intentar por nuestros propios medios buscar el modo de orientamos. La tempestad debió desplazarnos a considerable distancia.

—¿Y si efectuamos una observación directa de los astros? ¿Funcionará la pantalla exterior?

Ralph Anders se acercó al tablero auxiliar de control y pulsó un contacto de clavija. Inmediatamente, un fragmento de la pantalla

exterior quedó al descubierto… ¡Y en ella pudieron ver parte del semicírculo de un planeta, de fuerte coloración verdosa, sobre el que estaban orbitando!

Capítulo II

La soldado-mecánico Hemma Poltz tenía puesta la máscara que le protegía la vista del arco voltaico de la soldadura, por medio de la cual unía dos placas de iridio, recogidas de la sección de popa de la «Sabre-X-99». Los soldados Ins, Jean Foix y el ingeniero Vandoe también ayudaban en la curiosa construcción, trabajando en distintos lugares de aquella especie de «platíbolo».

Se encontraban en donde había estado situado el camarote general de recreo que también, por haber estado en la parte central de la nave hiperlumínica se había salvado. Ahora, convertido en taller, una actividad desusada y acuciante dominaba a todos.

En la puerta del pasillo apareció el comandante Greiz, seguido de su asistenta, Miriam Older, la cual traía una bandeja con un recipiente lleno de humeante tónico-cordial para los trabajadores.

—Descansen un momento —habló Greiz, acercándose a Hemma—. Tómate un reposo, Poltz.

—Gracias, señor —replicó ella, alzándose la visera de cristal negro —. ¿Qué le parece el bebé?

—¿Volará?

—No. Planeará —contestó Hemma Poltz, sonriendo—. Llegará a tierra.

—Me imagino ahí dentro como una antigua sardina en conserva.

—Hemos medido perfectamente el espacio, señor. Cabemos todos. ¿Es muy densa la atmósfera de ese planeta? —preguntó Poltz.

—Del orden de nuestra propia atmósfera. Idéntica composición. No se puede decir que no hemos tenido suerte.

—¡Y que lo diga, comandante! —intervino el ingeniero Vandoe—.

Eso es más que suerte. ¿Han podido averiguar si está habitado?

—De eso quería hablarles. Los tenientes Selly, Anders y yo hemos comprobado la existencia de una gran ciudad, de extraña arquitectura, estilo medieval, por llamarlo de algún modo, en donde parecen habitar un número incalculable de seres extraños a nosotros.

Todos los componentes del grupo de construcción, tomando sus tazas de tónico-cordial, escuchaban a Haar Greiz con suma atención.

—Se trata de un curioso mundo, densamente poblado de vegetación, con montañas, ríos y mares, y todo parece canalizado como si su ingeniería fuese bastante desarrollada —siguió diciendo Greiz—. Poseen grandes sectores destinados a la agricultura, provistos de canales de riego y en condiciones medio primitivas.

»Lo más asombroso es su única población circular. Existe un enorme palacio en su centro, rodeado de agua. Tiene puentes que se retiran al interior de la isla en donde está el palacio. El resto de la urbe, con calles anchas y formando círculos, es un hormiguero de gentes que miran al cielo cada vez que pasamos sobre ellos.

»No parecen conocer la astronáutica, ni la aviación, de lo contrario creo que nos habrían venido a visitar. Tampoco deben conocer la radio, la electricidad. Se alumbran con antorchas. Y en los jardines del palacio existen grandes hogueras, durante la noche, que iluminan totalmente la isla.

—¿Han podido observar bien a esos seres? —quiso saber Hemma Poltz.

—Sí. Por suerte hemos podido aumentar al máximo la pantalla exterior y hemos podido ver perfectamente a esos individuos —aclaró Greiz—. Son análogos a nosotros y de nuestra estatura, poco más o menos. Humanoides, lo que no es raro en el Universo, dado que las condiciones de vida orgánica de este mundo han debido ser semejantes y paralelas a las nuestras.

»Sus atuendos, sin embargo, difieren mucho de los nuestros. Se visten con ropas de diversos colores, con muchas formas y variedades, y se nota la diferencia entre varones y hembras.

—¿En qué se nota? —preguntó el soldado Ins, curiosamente.

—Los hombres se visten, como os he dicho, de muchas maneras. En cambio, las mujeres todas visten igual, con túnicas azules, parecidas a las que se usaban en Roma durante la época de los Césares. Y es curioso que todas las mujeres que hemos visto en esa singular urbe sean iguales.

—¿Cómo iguales? —preguntó Jean Foix, sorprendida.

—Hemos contemplado a millares de «libélulas» azules, según definición de Ralph Anders, y no distinguimos a una de otra. Todas parecen tener la misma fisonomía, el mismo color de cabello, algo rojizo y la misma figura.

—No os parezca extraño —intervino Miriam Older—. Todas son la misma mujer. El jefe y los tenientes la ven repetida.

Alguien sonrió, pero a la mayoría no les hizo gracia el chiste. Estaban pensando que no iba a resultar agradable ir a vivir — ¡si es que les dejaban!— en un pueblo de aquellas peculiares características.

* * *

Cuando Greiz regresó al puente, sorprendió a los tenientes Selly y Anders abrazados y besándose. Detrás de él, la chispeante Miriam le tiró de la ropa y dijo:

—Haga usted lo mismo conmigo, jefe.

Era su intención desvirtuar la infracción disciplinaria. Pero Greiz se dejó llevar por su espíritu reglamentista. Y gritó:

—¡Teniente Selly! ¡Teniente Anders!

Ambos, radiantes de felicidad, se volvieron a mirarle. Pero no se separaron. Deliberadamente, se besaron de nuevo, uniendo sus labios fuertemente, para luego, ante el asombro de Greiz, separarse y acercarse a él, agarrados del brazo.

—Situación de emergencia mil doscientos, señor —habló Ralph Anders, con una sonrisa—. Nave sin gobierno. La escasez de provisiones nos obliga a acogemos a la hospitalidad de una raza desconocida. Nuestra suerte puede ser funesta. Por ello, acogiéndonos al artículo citado, queremos unirnos en matrimonio oficial.

—¡No! —rugió Greiz, a punto de estallar—. El decreto de guerra abolió esas situaciones.

—¿Qué guerra? —preguntó Selly, frunciendo el ceño—. ¡Estamos a millones de años luz de la Tierra! ¡Aquí no existe aún ninguna guerra!

—¡No puedo consentir la relajación de la moral! ¡Ustedes son mis primeros oficiales y deben predicar con el ejemplo! ¡Si pretenden unirse matrimonialmente, todos querrán hacer lo mismo!

—Y ¿por qué no? —preguntó Ralph Anders, gravemente—. Somos seis parejas, lejos de nuestro mundo. Jamás podremos volver a la Tierra. Por ello, no es ningún disparate pretender perpetuar la especie.

—¡Nuestra especie, si no es aniquilada por los centauros, continuará

en nuestro sistema! ¡Aquí formamos parte de una expedición científica y nuestro deber es mantener la disciplina para los peligrosos momentos que se avecinan!

»Vamos a tener que abandonar este pecio espacial. Dentro de unos días, la nave auxiliar quedará terminada. Entonces descenderemos a ese mundo desconocido y habremos de acogernos, si no las dan, a la hospitalidad de esas gentes de otra raza. Hasta ese momento, todos ustedes estarán bajo mi mando. Cabe la posibilidad de que tengamos que luchar. Si, como sospecho, se trata de seres técnicamente atrasados, con nuestras armas podemos imponerles condiciones. Tal vez tengan medios para construir astronaves o radios poderosos para enviar mensajes a nuestro planeta.

»Hemos de sobrevivir a todo trance. Y la disciplina violada no es precisamente un aliciente para afrontar nuestro incierto futuro. Aquí se acatarán mis órdenes. Y, para empezar, montarán ustedes guardias separadas. Teniente Anders, vaya usted al taller y colabore con el ingeniero Vandoe. ¡Es una orden!

—Sí, señor —replicó Anders, saludando y abandonando el puente de mando.

Ante Greiz, la teniente Selly se mordió los labios.

—Puedes retirarte también, Miriam —añadió Greiz, volviéndose a su asistenta.

La joven ayudante de Greiz no replicó y se retiró.

Fue entonces, al quedar solos, cuando Selly estalló, diciendo:

—¿Está usted celoso, comandante?

—¡No diga tonterías, teniente! —barbotó él, yendo hacia el tablero de control—. ¿Por qué he de estar celoso?

—Lo he hecho intencionadamente, al oírle regresar —contestó Selly, con ánimo de zaherir.

—¿Intencionadamente? ¿Qué quiere decir? —preguntó él, volviéndose, en redondo y mirándola fijamente.

—¡Olvídese de Irish Montez de una vez para siempre! ¡Ella no era la única mujer de nuestra raza! ¡Míreme, comandante de hierro! Es usted, como todos nosotros, un producto de la Guerra Eterna. Nació y vivió para la lucha. ¡Un héroe!

»Pero fuimos enviados al más allá, para no volver. Nos desligamos de un mundo que sólo conoce la guerra y que vive para la guerra. Yo misma hube de ser madre por el execrable procedimiento de la inseminación artificial, a fin de dar dos hijos para la guerra. Usted nació

así, sin amor, sin vínculo matrimonial alguno. Yo también... ¡Todos hemos sido víctimas de la misma oprobiosa situación!

»Allá no había modo alguno de eludir los reglamentos. Un acto de desobediencia leve era castigado con la muerte, igual que un acto de desobediencia grave. Muerte, guerra, muerte... ¡Quince mil millones de combatientes y dos mil millones de técnicos produciendo máquinas de exterminio! ¡No existen viejos! ¡Nadie pasa de los cincuenta años!

»En cambio, nosotros... ¡Nos hemos evadido de todo aquello! ¿Acaso no lo comprende, comandante? En sus instrucciones hay permiso para celebrar matrimonio legal y natural, si no podemos volver. Alguna vez encontrarán a nuestros hijos, o a nosotros. Y regresaremos. Usted no tiene derecho a sacrificamos.

—Lo tengo, teniente Selly.

—¡No, se quedará solo! ¡Le abandonaremos! ¡La soldado Foix y el ingeniero Vandoe se quieren! ¿Por qué usted no puede autorizar estas uniones?

—¡Autorizaría cualquier matrimonio menos el suyo, teniente Selly!

—¿Cómo? ¿Cualquiera, menos yo? ¿Por qué?

—Porque no soportaría verla casada con Anders —replicó él, volviéndose de espaldas.

Selly quedó tan desconcertada que no pudo articular palabra.

Y cuando él se volvió, para añadir algo más, ella había abandonado el puente de mando, dejándole solo.

* * *

El teniente Ralph Anders se presentó en el puente, media hora después empuñando su «helly», con la que encañonó a Greiz, ceñudo y fiero.

—¿Puedo hablar de hombre a hombre o como teniente a comandante? —fueron sus primeras palabras, mordientes.

—Tiene que hablarme de subordinado a superior —replicó Greiz, sin inmutarse.

—¡Puedo matarle, señor!

—Hágalo, teniente. Usted también morirá.

—¿Por qué ha dicho eso a Selly? —gritó Ralph Anders, como un niño al que han arrebatado un juguete.

—Porque es la verdad. Yo también quiero a Selly. Soy tan humano

como pueda serlo cualquiera. Hay seis mujeres abordo y una nos gusta a los dos. ¿Qué cosas, eh? ¿Debo renunciar yo?

—Sí. Ella me quiere a mí y no a usted.

—Más despacio, teniente Anders. Yo no diría eso. Ella no ha sabido hasta hoy que yo la quiero. Se figuraba que amaba a Irish Montez, cosa que no es cierto.

»Me consta que usted ha sido el instrumento del que se ha valido ella para despertar mis celos. No es otro su objeto.

—¡No puede usted decir eso! —gritó Anders.

—Soy sicólogo y tengo más experiencia que usted. Escuche, Anders. Yo no voy a quitarle a Selly, sino que voy a darle ocasión para que ella elija. Ahora está padeciendo un terrible «shock» emocional. Cuando descendamos a ese planeta verde, recibirá otro. Luego, pase lo que pase, tendrá que comprender la verdad. No dudo que usted la quiere. Pero sí dudo que ella le quiera. A eso me atengo.

—¡Falsa presunción! —exclamó Ralph Anders—. Si no fuese porque es usted el comandante…

—Déjelo ya, Anders. Vuelva a su puesto. Hay mucho que hacer aún y le necesito. Es usted un buen oficial y esta situación anómala no debe impedirnos cumplir con nuestro deber. Y vaya haciéndose a la idea de, si vivimos, perder a Selly. Ella está ahora descubriendo sus verdaderos sentimientos.

—¡Jamás será suya, señor! —declaró Anders, solemnemente—. Antes les mataré a los dos.

No volvió a surgir ni siquiera un leve roce entre los dos tenientes y el comandante Greiz durante los siguientes seis días, período de tiempo en el que se ultimó el «platíbolo» que les llevaría a todos a la superficie del planeta verde.

Las subsistencias halladas en las cámaras de emergencia se estaban terminando y la geólogo Agnes Rohm dijo a Greiz que era incapaz de producir más oxígeno. La reserva les permitiría vivir aún seis u ocho horas. Nada más.

—Hoy descenderemos sobre ese planeta. Y que Dios nos asista. Lleven todos sus armas —ordenó Greiz—. Nadie puede quedarse aquí. Nuestra única salvación está allá abajo. No es la primera vez que un grupo reducido y decidido ha sobrevivido en la lucha desigual contra un número muy superior de enemigos. Yo no deseo entrar en guerra con ese pueblo, pero, si no hay más remedio…

Las once personas reunidas en torno a Greiz estaban serias y no

respondieron. Él pudo examinar todos los rostros. Hemma Poltz tenía las manos y la cara negra, del trabajo realizado. También olía mal, del sudor producido por el trabajo. Nadie se podía lavar en lo que quedaba de la «Sabre-X-99», por carecer de agua. La poca que habían encontrado la utilizaron para calmar la sed.

Vandoe y Jean Foix también estaban sucios. Sin embargo, ambos se habían cambiado de ropa para el descenso. Ropas no les faltaban. Nadie vestía el uniforme de las fuerzas armadas. Ésta fue la primera licencia que concedió Greiz al iniciar el viaje. Por ello la geólogo Rohm se permitía mostrar las piernas hasta la cadera y la coqueta cadete Pearl Silvery lucía un provocativo escote, excesivo para sus diecisiete años.

—Bien, ya conocen las instrucciones. Permanecerán en todo momento junto a mí y recibirán directamente de mí las órdenes necesarias para actuar en ese mundo desconocido.

»Les advierto que seré severo e intransigente. Si alguien pone en peligro la integridad del grupo, será severamente castigado. —Diciendo esto, Greiz miró particularmente a Ralph Anders—. Si ocurren contratiempos y yo caigo, el mando lo tomará el inmediato superior jerárquico, por orden de escalafón, o sea, en mi ausencia, mandará la teniente Selly, después el teniente Anders, luego el teniente Nyanza y así sucesivamente.

«Nuestra misión es sobrevivir y para ello, si es necesario, sufriremos privaciones. Pero no nos dejaremos avasallar por los pobladores de ese mundo. ¿Queda todo bien entendido? ¿Alguna pregunta?

—Sí, señor —habló el sargento Bracque, respetuosamente—. ¿Hay posibilidad de regresar alguna vez a nuestro mundo?

—Obvia pregunta, sargento. Con esa esperanza hemos de vivir siempre. Piense en que podemos obtener ayuda de ese pueblo.

—¿Ayuda de una raza más atrasada que la nuestra? —inquirió el teniente de comunicaciones Paul Nyanza.

—Pueden disponer de todo lo necesario para que nosotros podamos reconstruir la «Sabre-X-99» o bien una radio capaz de establecer contacto con la Tierra.

—Dudo mucho que eso sea posible, señor —replicó Nyanza.

—No debemos desanimarnos.

—Otra pregunta —habló la geólogo Agnes Rohm, con cierta picardía—. Somos supervivientes de una expedición sin retorno. Aquí, habernos hombres y mujeres. Gozamos de una situación privilegiada —al decir esto, la geólogo dirigió una tierna mirada al teniente Nyanza—. Si no

podemos sobrevivir nosotros, ¿podrá sobrevivir nuestra especie?

—De eso hablaré en el momento oportuno —replicó Greiz, secamente—. Admito que aquí no existe… aún el estado de guerra. Pero puede sobrevenir en cualquier momento, cuando estemos abajo… Y también puede ocurrir algo que nadie ha pensado aún, y es que tal vez podamos mezclarnos con esa raza con la que vamos a establecer contacto. En este caso afirmativo, y según el decreto de ley universal, no puedo yo impedir que cada uno actúe de acuerdo con su libre albedrío. Entonces la sugestión a que hemos estado sujetos hasta ahora puede desaparecer. He ahí una de las principales razones por las que he demorado dar respuesta a este delicado asunto, tan humano como importante, ya que no hace muchos días se planteó la misma cuestión.

Greiz vio a Selly morderse los labios. Había hablado intencionadamente para ella. Y captó su reacción en el acto. Esto le hizo sonreír.

—Bien. Podemos embarcar. El sargento Bracque, con escafandra de vacío, nos facilitará la salida, abriendo la compuerta que hemos preparado y se unirá a nosotros inmediatamente por la gatera inferior. ¿Está todo listo?

—Sí, señor —replicó Ralph Anders.

—Bien. Embarquen inmediatamente.

El «platíbolo» disponía de un asidero de acero, en la parte inferior. Todos los tripulantes eran jóvenes y no tuvieron dificultad en agarrarse e izarse a pulso.

Dentro había un espacio muy reducido, excepto para Hemma Poltz, que hacía de piloto y necesitaba mover una serie de toscas palancas, a fin de orientar los distintos reactores de la pequeña nave.

El sargento Bracque se quedó afuera y Greiz, que fue el último en subir a bordo, le ayudó a retirar parte de los goznes que sujetaban la compuerta de salida, y que había sido practicada en el piso inferior de la cámara de recreo de la astronave «Sabre-X-99». Luego, a falta de retirar los últimos goznes, Greiz subió a bordo y se abrió paso entre todos, hasta situarse junto a Hemma Poltz. Casualmente, la teniente Selly se había situado allí, ante la ventanilla de observación.

Al llegar Greiz, Selly le tomó la mano, mirándole fijamente a los ojos, en los que parecía asomar el miedo.

—Estoy contigo, Haar —musitó ella, en voz apenas audible—. Te quiero.

Greiz no respondió.

Pocos instantes después, el «platíbolo» abandonaba su nave nodriza, lanzándose al vacío…

Capítulo III

Tomaron tierra sobre un terreno sembrado de curiosas plantas verdes y azules, con hojas que parecían tener venas sanguíneas. Mientras descendían, Greiz había visto una gran muchedumbre de seres de llamativas ropas corriendo por caminos lisos y blancos, hacia donde debían suponer que iba a descender el «platíbolo».

Por este motivo, Greiz dijo:

—Yo descenderé primero y buscaré el modo de entenderme con ellos, aunque sea por señas.

—Sea prudente, señor —le aconsejó Hemma Poltz, nerviosa, cuando ya la pequeña nave hubo cumplido su cometido con éxito.

Selly no dijo nada.

Antes de salir, Greiz comprobó que su «helly» tenía desconectados los seguros y estaba en condiciones de disparar. Le abrió la puerta el sargento Bracque y saltó al suelo, hundiéndosele ligeramente las botas plateadas en la tierra blanda y parda.

El sol, sobre él, parecía una inmensa bola de fuego blanco, al que debían habituarse porque allí no existían nubes para protegerse de sus ardores.

Avanzó unos pasos y se detuvo. A lo lejos, la abigarrada multitud se acercaba a la carrera. Desde el suelo, parecían muchos menos de los que había visto desde el aire, saliendo de las humildes casuchas del extrarradio de la urbe o de los agujeros que servían de refugio a mucha de aquella miserable gente del campo.

En poco menos de diez minutos, una horda de más de diez mil hombres —pues no había ninguna «libélula azul»— pugnaban por ver de cerca al extraño sujeto llegado de los cielos. Pero nadie osaba

acercarse a menos de quince o veinte metros, formándose así un círculo de gentes de tez lisa y color oliváceo, de pobres y harapientas ropas de colores vivos y manos que parecían muñones desgarrados por trabajar la tierra con ellas.

Un rumor de voces envolvía a Greiz, quien empuñaba su «helly» con ambas manos.

—¿Podéis entenderme? —gritó Greiz, mirando en derredor.

El murmullo continuó. Eran cientos de miles de voces cuchicheando inteligiblemente.

—Vengo en son de paz… amigo. —Greiz alzó la mano derecha y avanzó hacia la muralla de seres que le cerraban el paso.

Se produjo un repliegue general, donde hubieron caídas y pisoteados. El griterío se hizo espantoso, prueba del terror que animaba a aquellos individuos.

Sin embargo, Greiz vio entonces materializarse algo a pocos pasos de él… ¡Algo que pareció surgir del aire, de la nada! ¡Algo que infundió el pavor en los campesinos, los cuales chillaron aterrados y huyendo en todas direcciones!

En pocos instantes, sobre el sembrado sólo quedaban algunos cuerpos maltrechos y sangrantes… ¡De sangre roja!… Seres que se arrastraban después de haber sido pisoteados por el pánico de sus semejantes.

—Bien venido a Urca, comandante Greiz —habló la figura que acababa de materializarse ante él.

Greiz tuvo el presentimiento de haber visto anteriormente aquel ser de las gafas ranuradas y las manos envueltas en manoplas, con un ropón multicolor, satinado y nuevo. Pero su sorpresa fue enorme al oír hablar en su lengua y pronunciar su nombre.

—¿De qué me conoces? —preguntó, atónito.

—Estuve en tu nave hace algún tiempo. Estudié tu mente y aprendí tu lengua. Los magos de Urca conocen ya vuestros propósitos y el Gran Señor de Urca, Tirano y Déspota, el Gran Arktmer, os está esperando.

—¡Es inaudito! ¿Cómo habéis podido aprender mi lengua?

—Somos magos. Practicamos las ciencias ocultas y gozamos de la simpatía de los espíritus de nuestros antepasados, todos ellos magos de Urca, como lo somos nosotros. Por haber estudiado vuestras mentes y costumbres, sé que os vamos a sorprender bastante. Vosotros llegáis de un mundo distinto al nuestro.

»Sabíamos que existen otros mundos habitados, pero jamás

habíamos visto a nadie llegar a través del cielo. Por ese motivo, Arktmer, el Gran Señor de Urca, desea conoceros cuanto antes. Y no conviene impacientarle.

»Di a tus compañeros que salgan y tomad todos ese camino. Aquí, los caminos rectos todos conducen al mismo sitio. Los otros caminos, los circulares, no terminan nunca y dan vueltas siempre en derredor de la ciudad.

—Visitaré a ese Gran Señor y procuraré ganarme su afecto. Necesitamos ayuda y no lo oculto —contestó Greiz, dignamente—. Pero no nos creáis indefensos. Disponemos de armas y podemos emplearlas en defendernos, si somos atacados.

—Nadie os atacará. Yo comprendo tus temores. Puedes confiar en mí, comandante Greiz.

—Si sabes mi nombre, ¿puedo yo saber el tuyo?

—Sí. Me llamo Ank-pgor.

—¿Cómo lo has hecho para aparecer ante mí?

—Los magos no podemos revelar nuestros secretos. Haz lo que te he dicho. Yo no puedo acompañarte. Que salgan tus compañeros y avanzad por el camino. Penetraréis en la ciudad y la cruzaréis hasta llegar al Palacio Verde.

—¿No seremos molestados por… esos campesinos?

—No lo creo. Pero, si os ocurriera algo, emplead vuestras armas. Los «urcos» son muy ignorantes y supersticiosos, aunque a medida que avancéis por el interior de la población, veréis que se van volviendo más educados.

»Pero nadie entiende vuestra lengua. Se os mirará mucho. Nada más. Aunque si quisierais retroceder, puede que alguien os cierre el paso.

—De acuerdo —contestó Greiz—. Iremos a ver al Gran Señor. No deseo incurrir en su enojo, y menos impacientarle. ¿Qué ocurrirá si dejo aquí a cuatro de mis compañeros, vigilando la nave?

—No lo hagas, Greiz. Debéis ir todos. Una vez allí, el Gran Señor decidirá si os presta ayuda o no. Él es quien manda en Urca, por ser dueño de todas las vidas de sus súbditos. En cuanto a vuestra nave, de poco os sirve ya. No sería capaz de despegar del suelo. Tú lo sabes y yo lo sé también.

»Haz lo que te he dicho y ya nos veremos en el palacio.

Diciendo esto, la imagen de Ank-pgor se esfumó, desapareciendo en el aire. Pero, a diferencia de la primera vez que Greiz.se encontró con aquel extraño individuo, ahora conservó el recuerdo de su presencia, de

sus palabras y de sus gestos.

* * *

—¡No los toquéis! —ordenó Greiz, conteniendo el humanitario impulso de Selly, la cual quiso acercarse a uno de los miserables heridos pisoteados que se arrastraban por el camino.

Eran los campesinos que habían sido pisoteados por sus compañeros, al retroceder todos atropelladamente. Se quejaban en tono lastimero, pero sus palabras carecían de significado para el grupo de terrestres que marchaba detrás de su jefe.

A lo lejos, los «urcos» seguían retirándose. Muchos se ocultaron en agujeros practicados en el suelo pardo. Otros desaparecieron dentro de las primeras construcciones de barro y techos de ramajes. Era evidente que el miedo superaba su curiosidad.

—No se ve ninguna mujer —observó el teniente Anders, sin dirigirse a nadie en particular.

Greiz, empero, le contestó, diciendo:

—Aquí existen clases sociales muy acusadas. Y las mujeres pertenecen a una clase social muy elevada. Deben residir en los barrios contiguos al lago en donde se alza el palacio. Por aquellas inmediaciones las vimos a través de la pantalla exterior.

Nadie tocó a los heridos, que fueron quedando atrás, mezclando su sangre con el polvo del camino.

El calor era agobiante, pero la atmósfera era fresca y no percibían excesivo cansancio. Además, pese a que Urca era más grande que la Tierra, su masa debía ser la misma o similar, y por tanto su densidad menor, porque sus cuerpos no parecían pesar más.

Al llegar a los primeros agujeros-viviendas, vieron algunas cabezas asomadas, mirándoles. Greiz quiso acercarse a uno de aquellos agujeros, situados al borde del camino, y los «urcos» se ocultaron rápidamente, perdiéndose en su interior.

A unos mil metros se alzaban las primeras casas. Los campos sembrados iban quedando atrás ya y se podía ver canales de agua sucia que venía de la población arrastrando los detritus. Esto era debido a que el suelo era ligeramente ascendente hacia el centro de la población.

Llegaron a las primeras construcciones rústicas. Allí sólo se había pretendido dar un albergue a sus moradores y las viviendas se componían de paredes de tierra endurecida, de estrechas puertas y

ventanas, y techo de ramajes, para protegerles de los rayos del sol.

Muchos rostros se asomaban por aquellas puertas y ventanas. Allí había hombres y niños mal vestidos con sus ropajes de colores. Pero no se veía ni una sola mujer de azul. Las féminas brillaban por su ausencia.

Algunos hombres les dijeron algo desde las puertas de sus casas.

Ellos no pudieron entender sus palabras y siguieron adelante; sin hacer caso a nadie. Pero cuando llegaron a un cruce, donde el camino se ensanchaba y el firme estaba cubierto de grandes baldosas blancas cuadradas, un centenar de hombres surgió de ambos lados del camino circular, cortándoles el paso en actitud hostil.

Greiz dio la voz de alto a sus compañeros.

Avanzó solo hacia los que le cerraban el paso y les hizo gestos para que se apartasen. Aquellos hombres, en actitud amenazadora, no se movieron. Estaban muy juntos y sus filas eran cerradas. También proferían palabras incomprensibles.

Con la «helly» en las manos, Greiz casi llegó hasta ellos. Vio alzarse algunas manos rudas y sucias, como si pretendieran agredirle, pero no se amilanó. Estaba seguro de abatir a buen número de ellos con la «helly».

—¿Por qué no nos dejáis pasar? ¡Nos espera el Gran Señor de Urca!

Los «urcos» arreciaron en sus gritos y algunos avanzaron hacia Greiz.

Parecía que nada iba a poder impedir que los terrestres recurrieran a sus armas y Greiz retrocedió, ya dispuesto a disparar. Sin embargo, una voz aguda y penetrante, detrás de la barrera de «urcos», hizo que éstos se volvieran, sorprendidos y luego salieron corriendo, a derecha e izquierda, dejando expedito el camino.

Fue entonces cuando los terrestres vieron, por vez primera, a una mujer «urca», vestida con su túnica azul, corto el cabello dorado, y llevando en la mano derecha una especie de látigo metálico y flexible.

Era una mujer fascinante. Sus ojos rasgados parecían grandes almendras verdosas. Bajo sus telas se adivinaba un cuerpo esbelto y ágil. No se podía precisar la edad que tenía, pero, comparándola con una mujer de la Tierra, no aparentaba más de veinte años.

Aquella fémina, que tanto poder parecía tener con los «urcos», se acercó al centro del cruce y sonrió a Greiz, diciendo algo que él no pudo entender.

—Nos dirigimos a ver al Gran Señor Arktmer —dijo Greiz, por decir algo.

El nombre debía de ser familiar para la mujer del látigo de metal

flexible, puesto que se volvió y señaló el camino recto, entre las casas ya algo mejor construidas, que se perdía hacia el centro de la ciudad.

Luego ella misma se situó delante del grupo y les acompañó durante un trecho. Ahora los hombres se asomaban a puertas y ventanas mejor construidas. Las casas estaban unidas unas a otras, pero cada una poseía distinta construcción. Se caracterizaban todas por tener umbral, pero no puertas. Incluso vieron mansiones con escalones de piedra. Y otras de dos pisos, de algo parecido a ladrillos horadados.

Cuando se encontraron a la segunda mujer, vestida exactamente igual a la que les precedía, vieron, con estupor, que sus primeras impresiones se confirmaban. Ambas mujeres eran exactamente iguales. La única diferencia era que una llevaba el látigo y la otra no.

Al verse, la segunda se acercó a su compañera y unieron las palmas de sus manos derechas, alzándolas ante el rostro. Luego las dos miraron a los terrestres, que se habían detenido a menos de seis metros, y hablaron entre sí. Era obvio que el tema de la conversación eran los visitantes del espacio, quienes, a su vez, se concentraron en observarlas a placer, captando en ellas rasgos fascinantes y llamativos.

En cambio, las mujeres terrestres, con despreciativo desdén, no hicieron ningún caso a las dos «urcas», dedicándose a contemplar y comparar las construcciones de la calle por la que avanzaban, y que ya parecía haberse convertido en avenida.

Incluso las baldosas eran allí más finas. Las paredes de las casas mejor hechas y los techos con acabado más artístico. Nada, sin embargo, podía compararse con las construcciones de la Tierra, ni siquiera buscando similitud en el pasado arquitectónico del hombre.

Ocurrió, sin embargo, que la «libélula azul» que les había escoltado durante aquel trecho, decidió dejar de acompañarles. Se acercó a Greiz, que siempre iba en cabeza y le hizo unos gestos rápidos con sus manos finas, de dedos largos y cuidadas uñas.

—¿Qué quiere decirme? —preguntó Greiz.

Ella señaló en derredor y luego juntó las manos varias veces. Greiz comprendió que ya nadie les molestaría. Aunque habían muchos hombres mirándoles desde puertas y ventanas, nadie decía nada.

La mujer se alejó con su compañera, metiéndose en un edificio de paredes de piedra blanca.

—Vaya, se nos acabó la escolta —dijo Selly.

—Creo que ha querido decirnos que podemos seguir solos —intervino Ralph Anders.

—¿Cree que soy tonto, teniente? —replicó Greiz—. Continuemos.

A partir del siguiente cruce, la avenida se vio bordeada de seres que les miraban con curiosidad. Muchos hombres y niños, pero ninguna mujer. Las casas eran ya bien hechas, sólidas, con adornos de piedra y argamasa de color rojo, verde, azul, amarillo y blanco.

Pero aún faltaba mucho para llegar al extremo de la larga calle. Llevaban varias horas caminando y el cansancio hacía que algunos fueran quedando rezagados. Por este motivo, al llegar a un tramo de la avenida en donde había incluso bancos de piedra frente a las casas, Greiz, sin hacer caso a los curiosos «urcas», se sentó en uno de los bancos, ordenando a sus seguidores que hicieran lo mismo.

Entonces hizo su aparición una nueva mujer, exactamente igual que las dos dejadas atrás. Se acercó a donde estaba Selly y le dijo algo.

—Lo siento, amiga mía —replicó Selly—. Pero no entiendo nada. El jefe es aquél.

Señaló a Greiz.

La «urca» movió la cabeza, pareciendo vacilar, y luego fue hacia los curiosos arrimados a las casas y les habló en tono chillón y autoritario. Los hombres se metieron en sus viviendas, no tardando en salir llevando unas enormes conchas de barro cocido, donde había como cuencos, también de barro y bronce, qué contenían un líquido blanco.

La mujer «urca» tomó uno de aquellos recipientes y se acercó a Selly. Greiz se levantó también, acercándose a su vez. La «urca» bebió un poco del contenido del cuenco y luego se lo ofreció a Selly, quien lo tomó, dudando.

—Bebe —dijo Greiz.

—¿Por qué no bebes tú, Haar? —replicó Selly—. ¿No eres el jefe?

De un manotazo, Greiz arrebató a Selly el cuenco y se lo llevó a los labios, mientras la mujer «urca» sonreía.

El líquido estaba fuertemente azucarado, era ligeramente ácido, pero de agradable sabor. Además era refrescante. Después del primer trago, Greiz se bebió el resto y devolvió el cuenco vacío a la «urca».

—Bueno —dijo.

—«Bu-e-no» —pareció repetir la mujer, sonriendo.

Los terrestres aceptaron entonces la bebida que les ofrecían los «urcos» y todos bebieron, encontrándola agradable y alimenticia. Pero no fue eso todo. Luego les trajeron otras conchas con cuencos que contenían alimento sólido y extraño. Haces de hebras negras, parecido a los tallarines; trozos de una pulpa semejante, por su color y forma, a

calabaza anaranjada. Y, por último, les dieron cuencos de agua fresca y transparente, que parecía recién sacada de pozos.

Después de aquella primera y extraña comida, Greiz saludó a los «urcos», y, especialmente a la mujer «urca», cuya autoridad todos parecían acatar allí, y reanudaron la marcha.

Antes de irse, empero, pudieron presenciar una escena que les dio la clave del sistema imperante en Urca respecto a las relaciones hombre-mujer. Y fue que la «libélula azul» —nombre impuesto por Anders a las «urcas»— se acercó a uno de los hombres que les habían servido el alimento y alzó su mano derecha ante él.

Los demás «urcos» formaron un círculo en torno a ellos, gritando alegremente.

El hombre elegido bajó la cabeza y alzó su mano, hasta rozar la de ella. Luego los otros formaron una especie de barrera doble, que terminaba en la puerta de la casa donde vivía él. Y hacia allá se fueron ambos, la «urca» delante y el hombre detrás, tocando las manos de sus compañeros, como si les saludara o quisiera transmitirles su suerte, porque una mujer «urca» se había enamorado de él.

—¿Te has fijado en eso? —preguntó Anders a Selly—. Ahora empiezo a comprender lo que ocurre.

—Yo también —asintió Selly—. Aquí deben de existir un número muy reducido de mujeres. La mayoría son hombres. El elegido por una mujer debe sentirse orgulloso. Ella le amará y se irá a su casa a tener su hijo, si nace varón, se lo entregará al hombre que sea su padre. Si, por casualidad, nace una niña, se la quedará ella.

—Estás equivocada, teniente Selly —dijo una voz que pareció surgir del aire, sobre sus cabezas.

Greiz reconoció la voz extraña del mago Ank-pgor. Miró en derredor, rápidamente, sin ver más que hombres «urcos» que les miraban con curiosidad.

—¿Dónde estás, Ank-pgor?

—En cualquier parte. No os preocupéis. Soy un mago. Pero no deseo que caigáis en el error. Las hembras «urcas» llevan a sus hijas a la escuela del Gran Señor, donde aprenden las ciencias que sólo las mujeres pueden saber en Urca. Luego se desposan una sola vez con el Gran Señor, por si nacen las Princesas, que son las favoritas de Arktmer. Si tienen hijos con él, éstos son sacrificados y ellas expulsadas del palacio. La mujer en Urca está destinada a desaparecer con el tiempo…
¡Y cuando eso ocurra, desaparecerán los urcos!

Capítulo IV

La avenida terminó en una extensa franja de terreno, cubierto de césped verde-amarillo, que a modo de jardines iban desde las últimas y suntuosas mansiones de hasta seis pisos de altura, hasta el mismo borde del tranquilo lago.

Justamente frente a la avenida había un puente metálico extendido de orilla a orilla. Aquella singular construcción hizo pensar a Greiz y a sus acompañantes en una técnica metálica por parte de los «urcos», porque el puente se encogía sobre el extremo situado en la isla central, donde se alzaba el fastuoso palacio del Gran Señor, y la longitud del puente era de más de media milla.

Sin embargo, luego habrían de saber que el mecanismo era muy simple y que el extremo que se apoyaba en la orilla de la, ciudad estaba sostenido por enormes flotadores sumergidos.

En las últimas casas, del barrio más próximo al lago, vieron bastantes mujeres «urcas», pero ellas se limitaron a observarles desde balcones y ventanas, sin decirles nada. Allí, en cambio, se veían muy pocos hombres.

Junto al puente, empero, vieron un grupo de hombres altos, provistos de látigos metálicos y unas lanzas de liviano peso, en cuyo extremo había afiladas puntas de acero o hierro.

Eran los guardianes del palacio. Jamás cruzaban los puentes. Ellos vigilaban únicamente la entrada y no permitían el paso a nadie, salvo excepciones, como eran las de los magos, de casta muy superior, a las princesas reales, cuando iban a la ciudad a visitar a sus amistades o, en aquel caso, a los extraurcos, porque el Gran Señor había dicho que los dejasen pasar.

Por este motivo, la guardia abatió sus lanzas, apuntando con ellas al suelo. Greiz, que no estaba intimidado por aquellos guerreros, se acercó y pasó entre la guardia, subiendo al puente.

Luego los doce terrestres avanzaron sobre la estructura metálica, dándose cuenta de que era el único puente tendido… ¡Y que en aquel mismo instante empezaba a ser recogido, separándoles de la orilla!

Fue la asistente Miriam Older la primera que se dio cuenta de que el puente estaba siendo recogido, mientras ellos avanzaban.

—¡Eh, comandante! —exclamó Miriam—. El puente lo retiran. ¿No pensarán echamos al lago?

—No lo creo —dijo Greiz, que miraba atentamente a las aguas—. Pero me parece que estas aguas están densamente pobladas por extraños peces carnívoros.

Las aguas del lago eran diáfanas y limpias. El fondo estaba surcado de tuberías, que debían ser el desagüe de la isla-palacio o los tubos de admisión. De esta suerte, las aguas del lago siempre estaban limpias, y los voraces peces podían ser vistos a millones, corriendo de un lugar a otro.

—Que no se caiga nadie al agua —dijo Greiz—. Creo que si eso ocurriera sólo sacaríamos su esqueleto.

Instintivamente, los subalternos de Greiz se situaron en el centro del puente, que disponía de barandillas y era de unos tres metros de anchura.

Gracias a su paso y que desde la isla se estaba recogiendo el puente, recorrieron brevemente el trayecto, llegando a tierra firme, sobre la plataforma que parecía de cemento rojizo, donde se escondía el puente en su interior.

Allí había una comisión de recepción esperándoles. Habían diez hombres con gafas ranuradas, muy serios, vestidos hasta los pies con sus ropajes de colores y enfundadas las manos en manoplas.

Frente a ellos había diez hermosas mujeres, vestidas de azul, exactamente iguales. Y ambos grupos alzaron sus manos derechas, en señal de saludo a los visitantes.

Entre los magos, Greiz reconoció a Ank-pgor, yendo directamente hacia él.

—¿Hemos quedado encerrados en esta isla? —fue la primera pregunta de Greiz, en tono airado.

—Sed bien venidos al Palacio Verde del Gran Señor de Urca, Arktmer, quien os da la cordial acogida que os merecéis… No, no estáis

prisioneros. Pero aquí no se os permite llevar armas. Entregárnoslas.

—Sí —habló otro mago, muy seriamente—. Dadnos vuestros instrumentos de muerte.

—¿También él habla nuestra lengua? —preguntó Greiz.

—Todos hablamos vuestra lengua —dijo Ank-pgor—. Por algo la hemos aprendido. Ellas, las princesas vírgenes, lo están aprendiendo ya de nosotros. Pronto podréis conversar con ellas.

Efectivamente, las diez mujeres realizaron una reverencia ante los extranjeros y todas dijeron, al unísono:

—Bien ve-ni-dos seáis, te-rres-tres.

Eran diez criaturas deliciosas, cuyas edades no podían precisarse, pero de las que emanaba una maravillosa juventud. Lo más extraordinario era su enorme parecido.

Y de esto habló Greiz a Ank-pgor.

—¿Cómo es que todas son iguales, mago?

—Son hermanas. El Gran Señor es padre de todas ellas.

—¿Y todas tienen la misma edad y el mismo rostro?

—Eso es magia, comandante Greiz —dijo Ank-pgor—. El Gran Señor tiene un sentido estricto y único de la belleza. Nosotros cuidamos que todas las mujeres sean igual de bellas a sus ojos. No puede comparar, como hacéis vosotros. No hay duda. Él las desea así.

»Las niñas nacen unas más bonitas que otras. Nosotros las hacemos todas exactamente iguales, para que plazcan al Gran Señor.

—Y ¿cómo podéis hacer eso?

—Magia —respondió Ank-pgor, con una sonrisa—. Como magia es mi voz flotando sobre vosotros o mi aparición ante vosotros… ¡En realidad nunca me he movido de aquí!

—¿No has estado hace seis horas en aquel sembrado?

—No. Es un fenómeno de telecinesia que vosotros no estáis preparados para comprender, pero que habéis estudiado en vuestro mundo. Ahora, por favor, pasemos todos a presencia del Gran Señor.

¡Y fue entonces cuando Greiz vio desaparecer sus pies, sus piernas y su cuerpo, así como a su alrededor, se esfumaban todos los reunidos, tantos magos, princesas, como sus propios compañeros!

Quiso gritar y no pudo. En el mismo instante tuvo la impresión vaga e imprecisa de estar flotando en el vacío, desapareciendo, dejando de existir.

* * *

No fue así. Greiz se encontró súbitamente en el interior de una enorme sala, arrodillado ante una alta y amplia escalinata de jade, que, a modo de pirámide, sostenía el sitial dorado y rojo de Arktmer, el Gran Señor de Urca.

¡Al lado del impresionante trono, arrodillada, se encontraba la teniente Selly!

Los demás estaban al pie de la pirámide. Cerca de Greiz, impasible tras sus gafas ranuradas, Ank-pgor contemplaba al hombre sentado en el trono.

Greiz se acercó al mago.

—¿Y nuestras armas? ¿Cómo hemos venido aquí? ¡Hemos sido engañados y desarmados!

—Silencio —musitó Ank-pgor—. No incurras en el enojo del Gran Señor de Urca. Habéis tenido suerte, al fin y al cabo. La teniente Selly ha gustado a Arktmer y eso es un valioso salvoconducto para vosotros.

—¿Eh…?

En aquel momento, la figura sentada en el alto trono se ponía en pie. Greiz pudo ver a un hombre alto, bien proporcionado, que vestía una túnica dorada, con piedras incrustadas. Sobre su pecho colgaba un cuadro que contenía un triángulo y un círculo —el símbolo de la sabiduría en Urca— y sus manos ostentaban una de las armas que habían desaparecido a los terrestres, gracias a la extraña magia de los magos de Urca.

—Hombres de la lejana Tierra —habló Arktmer, con voz clara y recia—; gracias por haber venido hasta mí. He sabido que sois hijos de una raza guerrera y fuerte. He sabido que podéis construir naves capaces de surcar el cielo y armas poderosas de destrucción.

»También he sabido que vuestra raza está en guerra con otra raza y que vosotros, parte de una expedición científica, habéis sufrido un percance y no habéis tenido más remedio que descender sobre este mundo.

»Sé que no tengo nada que temer de vosotros. Respetaréis nuestras leyes y costumbres y gozaréis en mi palacio de altos privilegios. Así lo dispongo y lo mando.

»Nada debéis temer, pues. Seréis mis huéspedes mientras viváis, porque, en contra de vuestros deseos, aquí no poseemos nada que os sirva para regresar a vuestro mundo.

»Por fortuna, estáis conformados como nosotros, lo que demuestra que nuestros mundos tienen orígenes semejantes. Por ese motivo, y en honor vuestro, deseo desposarme con esta bella extranjera de cabellos dorados y largos, cuya hermosura supera en todo a nuestras mujeres, confiando que pueda darme hijas bellas…

—¡No! —gritó el comandante Greiz, avanzando unos pasos hacia la escalinata—. ¡No puedes hacer eso! ¡Yo lo prohíbo!

Los magos se acercaron a Greiz, consternados. Aquella interrupción al Gran Señor de Urca era una indelicadeza sacrílega. Nadie se habría atrevido a cortar la palabra de Arktmer.

—Dejadle —dijo el Gran Señor—. Tú eres el jefe de los terrestres. Dime qué poder tienes para prohibirme hacer lo que se me antoje.

—No es poder. Es razón —replicó Greiz, observando que Selly no se había movido de la postura en que estaba de acatamiento—. Esa mujer nos pertenece a nosotros. Y ni siquiera sabemos si es posible el cruce de tu raza con la mía.

—Sube aquí, Greiz —replicó el tirano—. Quiero verte de cerca… Dejadle subir. No temáis nada.

Greiz no vaciló y subió la escalera. A los seis o siete peldaños observó el fenómeno singular de no avanzar hacia arriba. Movía los pies y subía peldaños… ¡Pero siempre tenía la misma distancia ante él! ¡Y cuando miró hacia atrás, vio que no se había movido apenas del sitio!

Todo su grupo continuaba a escasa distancia del trono, impasibles, como si estuviesen hipnotizados. Los magos tampoco se movían. Lo único que parecía moverse allí, en sentido de retroceso, eran los peldaños.

Arriba, el Gran Señor de Urca parecía sonreír, viendo los ímprobos esfuerzos de Greiz para llegar hasta él.

—¿Por qué no vienes aquí, comandante Greiz? ¿Dónde crees estar para mostrarte insolente conmigo? Soy el amo absoluto de mi pueblo. Aquí todos acatan mi voluntad… ¡Sube, sube, sube!

Furioso, Greiz saltó los escalones de tres en tres. Pero de la misma forma parecían ir quedando atrás sin que él lograse avanzar hacia la cúspide de la pirámide, como si ante él fuesen surgiendo de la nada los mismos peldaños que dejaba atrás.

Al fin, sin saber cómo, extenuado ya, Greiz se encontró ante Arktmer. Pero se tambaleaba y el corazón le latía, desfallecido, en el pecho. Selly le miraba ahora. Se había incorporado y sus ojos claros estaban puestos en los de él.

Selly extendió una mano, como si quisiera ayudarle a sostenerse.

—Me bastaría con apretar este resorte —habló Arktmer, mostrando la «helly» que empuñaba— para acabar contigo. Pero no lo haré… Por ahora. Nosotros no poseemos estas curiosas máquinas de muerte, que ya he experimentado con varios de mis esclavos. Es cierto que mata.

«¿Cuándo? —se preguntaba Greiz, empezando a sentirse dominado por la angustia—. ¿Cuándo han probado las armas? ¿Qué tiempo ha transcurrido desde que llegamos a este palacio? ¿Dónde hemos estado, dominados por la extraña fuerza magnética de estos hombres, que ellos llaman magia? ¿Es que no vamos a poder combatirles? ¿Hemos llegado aquí para servirles de burla y entretenimiento?»

Greiz se iba recuperando del esfuerzo titánico realizado para subir la «interminable» escalera. Ahora, sin detenerse a pensar más, quiso recuperar la «helly» y saltó hacia Arktmer.

Un grito de Selly se confundió con la exclamación que brotó de su garganta al verse flotando en el aire, suspendido entre Arktmer y el lugar en donde había estado antes. Al mismo tiempo, la figura del Gran Señor de Urca empezó a agigantarse hasta adquirir una dimensión descomunal. El techo del salón también creció proporcionalmente. Y la voz de Arktmer, al hablar, sonó estruendosa, fuerte, vibrante:

—¿Te das cuenta, Greiz? ¿Crees poder hacerme daño? De un manotazo puedo aplastarte. Eres un microbio a mi lado… ¡Nada!

Greiz, con terror, vio alzarse sobre él el gigantesco pie del tirano, calzado con una sandalia, cuya suela adquiría proporciones de espaciodromo invertido y siniestro.

—¡Puedo aplastarteee! —rugió la voz de Arktmer.

Greiz cayó al suelo de súbito y perdió la noción de las cosas.

* * *

Al abrir los ojos, vio a la soldado Jean Foix inclinada sobre él, frotándole el rostro con las manos. La luz entraba en aquella estancia de piedra a través de una ventana enrejada, cerca del techo.

—Señor, ¡gracias a Dios que se reanima usted! —exclamó Jean Foix, con voz trémula.

—¿Dónde estoy?

—Nos han encerrado en una mazmorra. Todos estamos encerrados, excepto ella… La teniente Selly nos ha traicionado, señor.

Greiz se incorporó, quedando sentado sobre el suelo. Entonces se dio

cuenta de tener una argolla metálica atada al tobillo. Una cadena iba a sujetarle al muro.

—¿Qué ocurrió?

—Aquel hombre de la túnica roja quiere a Selly. Usted se opuso y le hicieron víctima de varias burlas, mientras que una fuerza exterior y extraña nos impedía hablar y movemos.

»Le vimos querer subir la escalera, sin éxito. Usted corría desesperadamente. Luego, cuando logró llegar arriba y estaba dispuesto a saltar, le dejaron flotando en el aire.

—¡Y aquel monstruo creció hasta hacerse enorme! ¡Vi la planta de su pie sobre mí, como si quisiera aplastarme!

La frívola lean Foix negó con la cabeza, muy seria y perpleja, mirando a su jefe.

—No, eso no lo vi yo.

—Entonces debió ser la impresión que me causaron a mí sólo. Sé que caía y… ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unas dos horas —replicó Jean—. Nos han encerrado a todos de dos en dos. Sólo el teniente Anders creo que está solo.

Greiz se levantó y recorrió las paredes de piedra de la celda.

—¿Y la puerta? —preguntó.

—Está ahí. Esa serie de piedras cuadradas forman la puerta. Las mueven desde el exterior, por medio de goznes y contrapesos. Eso da a un pasillo. Una escalera conduce a un patio exterior, rodeado de altos muros. Pudimos ver más de cien «urcos» muertos junto a los muros. Les habían disparado con nuestras armas.

—Entiendo. Somos sus prisioneros. En cambio, la teniente Selly es su huésped.

—Sí… ¡Aaagh! —gritó Jean Foix, al ver una forma humana que parecía filtrarse a través del muro.

Greiz se volvió a tiempo de ver materializarse a Ank-pgor.

Esta vez no se estuvo quieto el comandante terrestre, sino que avanzó hacia el otro, con ánimo de echarle las manos al cuello… Pero sólo encontró el vacío… ¡Y Ank-pgor continuaba estando allí!

Greiz retrocedió, sonriendo con desaliento.

—Comprendo. La telecinesia me hace creer que te estoy viendo… Está bien, mago. ¿Qué es lo que quieres?

—He venido a ayudarte, Greiz. Ya ves que no estoy aquí, pero es absolutamente igual. Nos podemos entender.

—¿Por qué quieres ayudarme? —preguntó Greiz.

—El Déspota está a punto de cometer un disparate enorme. Se ha enamorado de la teniente Selly, a la que tiene dominada por hipnosis. Ahora está haciendo los preparativos para una gran fiesta y luego se la llevará a sus aposentos privados. La teniente Selly será suya… ¡Y nosotros sabemos que eso nos puede ocasionar mucho daño a iodos!

—¿Hay algún modo de impedirlo? —preguntó Greiz.

—Debe haberlo. Para eso estamos reunidos los magos. Nosotros somos algo así como sacerdotes que conservamos las tradiciones mágicas de nuestros antepasados. Somos sagrados en Urca, pero no podemos oponemos a los deseos del Gran Señor, cuya magia es superior a la nuestra.

»En realidad, Arktmer es más hábil que nosotros. Conoce la magia oculta a la perfección, dominio que aprendió durante mucho tiempo de su padre, el anterior Gran Señor.

»Ya te habrás dado cuenta de que aquí existe la selección de castas y la mujer es la persona más importante, hereditariamente, de este mundo. Eso está a la vista. Las escasas mujeres que hay engendran casi siempre varones, por ello son repudiadas. Las elegidas que traen hembras son encumbradas. Así, el Gran Señor dispone de numerosas Princesas, entre las cuales habrá de salir, en su día, el heredero varón del Gran Señor. Sólo puede ser una de ellas, pero aún no ha llegado el momento, porque las Princesas son muy jóvenes aún.

»La primera de las princesas que tenga el hijo, acudirá a nosotros, que lo examinaremos durante varios meses. Si lo aprobamos, se lo presentaremos al Gran Señor, quien debe aprobarlo también. Entonces, se le educará entre todos, revelándole los secretos de nuestros antepasados.

»Así se elige a un Gran Señor. Y la existencia sigue adelante, arrastrando esa maldición de escasez de hembras.

»Pero ahora todo está cambiado. Tu compañera puede estropearlo todo, debido al capricho del Tirano. Se va a romper la tradición y nosotros no podemos contradecirle, porque nos haría matar. Nuestra magia no vale nada al lado de la suya.

—¡Pero su magia es inútil si le encañono con una «helly»! —exclamó Greiz—. Devolvedme mi arma y yo os libraré de ese peligro.

—Eso no es posible. El Gran Señor no puede morir.

—¡Prometo no matarle! —exclamó Greiz—. Nuestras armas son también paralizantes. Recibirá tal sacudida ultrasónica que no podrá

ejercer su hipnosis conmigo mientras yo quiera.

—¡Te expones a morir, comandante Greiz! —exclamó Ank-pgor.

—¡La vida sin lucha es una muerte lenta! ¡Dejadme salir de aquí y lucharé por mi vida y por la de Selly!

Capítulo V

—Ésa no es la solución que se nos ha ocurrido —añadió Ank-pgor—. El viejo mago desterrado, Tjardok, que vive en alguna cueva de las montañas solitarias, nos ha hecho saber que si la fatalidad hace engendrar a la extranjera Selly con Arktmer, nuestra raza perdería la pureza que nos lleva hacia nuestro destino inexorable y se podría producir una mutación total en nuestro sistema de castas.

»Tjar-dok nos ha enviado su pensamiento y lo acatamos. Fue desterrado por el padre de Arktmer porque intentó oponer su gran magia a la del Gran Señor. Seguramente, habría muerto, pero huyó, ayudado por los magos, que fueron castigados por desobediencia.

»Tjar-dok no quiere luchar contra Arktmer. Ya es viejo y su memoria le traiciona. Pero él sabe que si, al correr el tiempo, nacen tantas mujeres como hombres en este planeta, llegaríamos a no poder alimentarnos. Tendríamos que construir otras ciudades y habrían varios Grandes Señores.

»En tal caso, nuestro destino no se cumpliría y seríamos como en otros mundos, que los hombres han luchado entre sí. Nuestra civilización siempre ha crecido en torno a un caudillo. Jamás conocimos otro sistema de gobierno. El amo absoluto y los siervos. Los que más valen viven más cerca del Gran Señor y los parias viven alejados. Ellos son los que cultivan los campos para proporcionarnos los alimentos. Si no lo hicieran, se les castigaría.

»Aquí no se conoce el dinero, sino el poder. El paria trabaja. Los demás esperan. Cuando mueren se les lleva al lago de los peces carnívoros, si son mujeres, y si son hombres se les entierra bajo los sembrados.

»De vez en cuando, alguna Princesa trae un hijo varón. Ha salido y

se ha unido con un hombre por una sola vez. Ese varón está destinado al sacrificio. Se le mata en el Palacio Verde y se entierra su pequeño cadáver bajo los rosales del jardín. Pero si alguno posee un corazón que late fuerte y se le pueden captar las primeras ondas de su cerebro, que son los menos, se le conserva para sacerdote.

—¿No tenéis dioses?

—No. Sólo adoramos la vida, representada por el Gran Señor, de cuya vitalidad nadie puede dudar —contestó Ank-pgor—. No habría sido Gran Señor si sus cualidades físicas, al nacer, no fuesen extraordinarias.

—¿Es muy viejo? —preguntó Greiz.

—No, aunque sí ha vivido en tiempo más que tú. Arktmer está en la plenitud de sus facultades. Precisamente por eso, de su unión con tu compañera Selly, puede surgir lo que nosotros tememos.

—¿Se lo habéis dicho?

—Sí. Pero ha contestado que pueden existir dos clases de mujeres en Urca. La que ya existe y la que él piensa crear con Selly. Eso sería terrible. En pocos años, habría en Urca numerosas mujeres distintas.

—¡Oh, me gustaría que el Gran Señor se hubiese fijado en mí! —exclamó lean Foix, arrebatadamente.

Greiz le dirigió una despreciativa mirada y siguió hablando con Ank-pgor.

—¿Cuál es la solución que se os ha ocurrido? —preguntó.

—Es algo temerario. Podemos hacer creer que la magia de tu raza es tan fuerte como la suya. Nosotros podemos ayudarte en eso, transmitiéndote la fuerza mental y los procedimientos para oponerte a Arktmer. Su magia es grande, pero la nuestra, unida a la de Tjar-dok, puede vencerle.

—¿Quieres decir que he de demostrar ser también un mago?

—Exactamente. Ahora mismo, mientras realiza los preparativos de la fiesta, tú puedes presentarte ante él, sin salir de donde estás. Será tu imagen mental, enviada por nosotros. Arktmer sabe que estás aquí encerrado. Eso le desconcertará.

—¿Y no se dará cuenta de que me estáis ayudando?

—Puede que sí. Es lógico que lo piense. Pero nosotros estaremos en oración, fingiendo pedir a nuestros antepasados ayuda para él, y no creerá más que lo que vea que haces y dices. Peligro no has de correr, puesto que tú estarás aquí, encerrado entre cuatro paredes.

—¿Y seré realmente yo el que aparezca ante él, a desafiarle?

—Tu esencia, sí. Tú no entiendes esto. Nosotros podemos hacerte creer que estamos delante de ti. Es un fenómeno de concentración metafísica y telecinesia, y por tanto no dejaremos que Arktmer pueda cerciorarse de que no eres tú. ¿Me comprendes?

—No, pero dejémoslo. Haré lo que sea para rescatar a Selly.

—Puede que ella se vea libre de la hipnosis de él, si tiene que enfrentarse contigo. En tal caso, la ayudaríamos a que saliera del palacio y fuese a refugiarse lejos de la ciudad. Urca es un planeta muy grande y nuestro poder mental no alcanza a grandes distancias, por lo que estaría libre de Arktmer. También os podríamos ayudar, a cambio de no causar ningún daño al Gran Señor.

—Bien, Ank-pgor —replicó Greiz—. No perdamos más tiempo. Sacadme de aquí, aunque sea en imagen y llevadme ante él. Trataré de sorprenderle.

* * *

«Greiz» se materializó delante de una gran mesa de piedra pulimentada, sostenida por recios pilares de granito, tras la que estaba sentado Arktmer. A su derecha tenía más de veinte Princesas azules, sentadas en largos bancos. Ante él y ante ellas, cerca de donde se materializó «Greiz» estaba sentada Selly, con la cabeza erguida y la «helly» colgando del cuello.

Arktmer se levantó de un salto, abriendo mucho sus ojos.

—¡Por Roolf! —exclamó en su lengua, para añadir—: ¿Qué es esto?

«Greiz» estaba siendo ayudado por los magos ausentes a entender la lengua de los «urcas». También le ayudaron a responder.

—Reservé la magia de mi raza para el momento oportuno, Arktmer. Ahora puedo hacerte ver el error que estás a punto de cometer.

Las princesas azules se habían puesto en pie y retrocedían asustadas y boquiabiertas. En cambio, Selly continuaba como hipnotizada.

—¡Tu magia no puede con la mía! ¡Te convertiré en fuego!

Una llamarada envolvió al inexistente «Greiz». En medio de las llamas azules, rojas y amarillas, cuyo calor hicieron ponerse en pie a Selly y retirarse instintivamente, «Greiz» replicó, irónico:

—No puedes consumirme. Pero yo sí puedo volver negra tu piel… Obsérvate.

Al decir esto «Greiz», Arktmer se miró las manos… ¡Y se vio enteramente negro!

La impresión que esta magia le produjo, desconocida para él, le hizo olvidar el fuego, que se apagó instantáneamente. También Selly se vio libre del hipnotismo que la había tenido dominada y gritó, al ver a «Greiz»:

—¿Qué locura es ésta?

—¡No puedo ser negro! ¡Quítame esta mancha de la piel!

—¡Te desnudaré para que te vean tus hijas!

A un gesto del «mago Greiz», las prendas de ropa que cubrían a Arktmer se agitaron, escapándosele del cuerpo y dejándole sólo cubierto de un breve taparrabos. También quedó al descubierto su fuerte pecho negro y brillante, sus musculosos brazos y su cintura breve, de la que partían sus fuertes y fibrosas piernas de ébano.

—¡Éste es un truco del mago Gul-ojma! —rugió Arktmer—. ¡Ahora entiendo! ¡Se han vuelto contra mí!

—No. Están orando para que sus antepasados te ayuden. Puedes comprobarlo. No pueden suspender la oración.

—¡Son ellos! ¡Tú estás encerrado! ¡No puedes salir de la mazmorra!

—¡No dispares, Selly! —gritó «Greiz», al ver a la teniente Selly empuñando el arma de efectos múltiples.

Su grito no le pertenecía. Eran los magos, a distancia, los que controlaban la imagen de Greiz. Pero Selly no sabía nada de todo aquello y su rebeldía pugnaba por librarse de la opresión a que había estado conscientemente sometida.

Ella no ignoraba lo que Arktmer se proponía hacer. No había podido objetar nada. Sus labios y su voluntad había estado paralizados. Pero ahora, aprovechando el momento de desconcierto creado por los propios magos, la «helly» vibró en sus manos… ¡Y el Gran Señor de Urca pareció quedar convertido en estatua!

«Greiz» desapareció casi inmediatamente, mientras en la sala, las Princesas rubias y de túnicas azules se dejaban caer al suelo, gritando y llorando.

Selly, que había creído en la presencia material de Greiz, al verle desaparecer, retrocedió sobrecogida. No había matado al Gran Señor, sino que sólo le paralizó con una breve descarga, a consecuencia de la cual permanecería varias horas insensible. Se le podía reaccionar en pocos minutos, pero necesitábanse fármacos que no tenían allí. Era muy difícil que Arktmer sufriera dañó a consecuencia de la descarga paralizante. En realidad, había sufrido un «shock» mental transitorio.

Pero todo esto las Princesas lo ignoraban, ni los magos podían

imaginarlo. Creyeron que la incontrolada Selly había empleado su arma contra el Gran Señor y le había matado.

A los pocos minutos, mientras Selly permanecía como acorralada en un rincón, empuñando firmemente su arma y dispuesta a defenderse, Ank-pgor y otros dos magos llegaron apresuradamente. Las Princesas habían salido ya, huyendo y una gran conmoción parecía reinar en el palacio.

—¿Qué has hecho, insensata? —preguntó Ank-pgor.

—¡No se acerquen! —gritó Selly, resuelta—. Dispararé contra el que intente tocarme… ¿Dónde está Greiz?

—¡Has cometido una locura, hija! —habló otro de los magos.

—Estábamos intentando ayudaros, Selly —añadió Ank-pgor, apenado—. Ahora, después de lo que has hecho, nadie os puede salvar. Tengo que desarmarte.

Al decir esto el mago, Selly vio como la «helly» se esfumaba en sus manos, desapareciendo. Gritó y retrocedió hacia el muro de piedra, hasta tocar su espalda en él.

Ank-pgor se acercó y… ¡Le quitó el arma de las manos!

—¡Cielos! ¿Cómo…?

—No te extrañes, hija —explicó Ank-pgor—. Te he hecho creer que el arma había desaparecido. Así te impedía utilizarla. No se puede disparar un arma que no se tiene. Pero, hela aquí.

—¡Démela! —gritó Selly, abalanzándose sobre el mago, con intención de recuperar la «helly», que aparecía y desaparecía como si fuese un objeto destinado a prestidigitación…

Selly, empero, no llegó a recuperar su arma. Pareció chocar contra un muro invisible, interpuesto súbitamente entre ella y los magos. Luego, tuvo la sensación de estar encerrada en una caja transparente, que se estrechaba, aprisionándola.

—¡Sáquenme de aquí!

—Lo siento —contestó Ank-pgor—. Hasta averiguar lo que le ha ocurrido al Gran Señor, deberás permanecer encerrada, como el resto de tus compañeros.

Dicho esto, Ank-pgor dio media vuelta y se dirigió, seguido de sus dos acompañantes, hacia donde estaba paralizado Arktmer. En aquel instante, un grupo de guardianes internos del palacio, hombres altos, fuertes y castrados, penetraron en la sala empuñando sus largas lanzas. Las princesas los habían atraído con sus gritos.

* * *

El comandante Greiz, por no sabía qué fenómenos, estaba enterado de todo lo sucedido al Gran Señor, pese a que no había salido del encierro que compartía con la soldado Jean Foix.

Sin embargo, ignoraba lo que había sucedido después de ser retirado de la sala en donde Arktmer había quedado paralizado.

—Selly ha cometido una tontería imperdonable —masculló, entre dientes.

Jean, adosada al muro, mirándole, creyó que se había vuelto loco.

—¿Qué le ocurre, señor? ¡Ha estado hablando el lenguaje de los «urcas»!

—No te inquietes, Jean. Hay para volverse loco, pero no lo estoy. En este extraño mundo ocurren cosas asombrosas y únicas. He estado aquí, y, al mismo tiempo, me he batido con el Gran Señor. Él me ha envuelto en llamas, creyéndome vencer por el miedo a la muerte ardiente. Yo, a su vez, le he vuelto negro y le he quitado las ropas. No debía de conocer el truco de la piel negra y se ha sorprendido, dejando a Selly sin control. Y ella ha reaccionado utilizando la «helly».

—¿Contra quién? ¿Cómo sabe usted eso? —inquirió Jean, bizqueando.

—Contra el Gran Señor… Lo sé porque he estado allí.

La muchacha soldado sacudió la cabeza, como si quisiera librarse de una pesadilla.

—No… No puede ser… Ha estado aquí conmigo.

—Es cosa de magia, ocultismo, telecinesia o telehipnosis. Estos seres dominan todos esos trucos y no te puedo decir dónde está la ciencia y dónde el engaño. Por increíble que nos parezca, esto ocurre. Se trata de gentes que han debido cultivar mucho el cerebro.

—¿Qué podemos hacer contra ellos?

—No lo sé. Primero, deberíamos salir de aquí. Si logramos recuperar nuestras armas, tal vez… no sé cómo… podríamos impedir que siguieran haciéndonos creer en su magia. Ellos deben de saber que nuestras armas son un peligro. Las han probado y saben que matan.

»Ante la muerte, no hay magia que valga. Los muertos no pueden utilizar su fuerza mental y oculta. Nuestra fuerza está en las armas que nos han arrebatado.

—¿Y cómo salimos de aquí?

Greiz miró hacia la ventana enrejada. Luego se situó al pie de ella.

—Súbete a mis hombros, Jean. Tienta esos barrotes.

Jean Foix se acercó y trepó por la recia espalda de Greiz, quien se mantuvo apoyado al muro, soportando el liviano peso de la muchacha. Una vez de pie sobre él, Jean quiso agarrarse a los barrotes… ¡Pero su mano asió el vació!

—¡Oh! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Greiz, desde abajo.

—¡No están! ¡No hay barrotes!… Veo los cuerpos tendidos aún junto al muro… ¡Pero la reja no existe!

—Baja —ordenó Greiz.

Jean Foix se descolgó y, una vez en tierra, excitadamente, dijo.

—¡Los barrotes… no existen!

—Entiendo. Nos han preparado las mentes de forma tal que nosotros creemos estar encerrados aquí, tras rejas inexistentes. Son muy hábiles. Seguramente no han tenido tiempo de preparar rejas adecuadas. En su defecto, nos han hecho creer que las habían. Nos introducen esa idea en la cabeza y cada vez que miramos a la ventana creemos estar viendo la reja.

«Ayúdame a saltar. Deseo hacer una incursión por el exterior.

Jean Foix unió ambas manos, en forma de estribo, y Greiz se apoyó en ella, para alcanzar el alféizar de la ventana. Luego, tensó sus poderosos músculos, agarrando el borde de la piedra, hasta conseguir izarse lentamente… ¡y pasar la cabeza entre los visibles pero inexistentes barrotes!

Gracias a sus excepcionales condiciones físicas, salió por la ventana y quedó tendido sobre el piso del patio, formado de grandes losas, junto al muro. Al mismo nivel del suelo se veía una larga fila de ventanas, todas enrejadas, al parecer.

El patio era un gran reducto cuadrangular, de unos sesenta metros de lado, y sus paredes de piedra, de doce metros de altura, estaban coronadas por singulares atalayas, en las que no había nadie vigilando.

Al otro lado del patio, el casi centenar de «urcos» tendidos en trágicas posturas, abandonados al parecer, le hizo pensar que no se trataba de una demostración de magia. Arktmer había querido probar las armas de los terrestres y nada mejor que tomar a un centenar de sus súbditos y masacrarlos. Algunos podían estar simplemente paralizados. Pero muchos aparecían mutilados por los rayos actínicos desintegrantes. Greiz había visto muchos muertos durante la guerra, para saber qué clase de armas los habían aniquilado.

Apartó la vista de aquel siniestro montón de cuerpos y se arrastró, adosado al muro, hacia la ventana inmediata. Allí comprobó que los barrotes que sus ojos creían estar viendo, no existían. Por esto introdujo la cabeza y miró adentro.

Abajo, Hemma Poltz y el teniente de comunicaciones Paul Nyanza, que estaban sentados uno cerca del otro, levantaron vivamente la cabeza, al ver oscurecerse la ventana.

—Teniente Nyanza, suba usted aquí.

—¡Comandante Greiz! ¿Es usted?

—¡Y la reja! —exclamó la soldado mecánico Poltz.

—¡Es un engaño! Estas ventanas no tienen rejas.

Nyanza se puso en pie de un salto. Greiz introdujo más el cuerpo en el agujero de la ventana, hasta conseguir agarrar las manos del otro prisionero. Entonces, Nyanza se apoyó con los pies en el muro y Greiz tiró de él, hasta conseguir sacarlo.

Una vez fuera, tendidos junto al muro, Greiz le dijo:

—Tiene que sacar a todos nuestros compañeros, Paul. Yo voy a subirme en uno de esos torreones. Las piedras parecen tener peldaños para asirse. Saque a Anders y que le ayude con los demás.

—Sí, señor.

Greiz corrió hacia uno de los ángulos del patio. Efectivamente, una especie de escalera de piedras huecas, permitía subir hasta la atalaya con facilidad. Por la arquitectura de aquel extraño patio, Greiz dedujo una macabra historia.

Los muertos que yacían en tierra, al otro lado del patio, debieron de ser prisioneros que antes estuvieron en las mazmorras ocupadas ahora por los compañeros de Greiz. Contó más de veinte ventanas al nivel del suelo. Aquellos infelices debían salir al patio a través de las ventanas, ayudándose unos a otros. Allí pasearían y tomarían el sol, bajo la vigilancia constante de cuatro guardianes que, provistos de lanzas, en los cuatro extremos del muro de piedra, les impedirían salir.

Pero cuando Arktmer obtuvo las «hellys» de los terrestres, pensó utilizarlas con los prisioneros, a los que debió ordenar que se reunieran en el patio. Luego, desde lo alto del muro, el Gran Señor o sus siervos, dispararían las armas. Así habían quedado las celdas vacías y las atalayas no necesitaban ser vigiladas.

Los nuevos prisioneros, creyéndose guardados por fuertes barrotes, ni siquiera habían intentado escapar.

Cuando Greiz subió a lo alto de la atalaya, lo primero que vio fue las

altas almenas y las agujas del palacio, que se alzaba, entre árboles frondosos, a menos de cien metros. Y desde una parte del muro, había un puente de piedra que saltaba sobre los árboles e iba a una sección del palacio.

En aquel momento, el astro sol de Urca estaba empezando a ocultarse.

Capítulo VI

—No, señor —replicó Ralph Anders, secamente—. Estoy dispuesto incluso a desobedecerle. Si la teniente Selly corre peligro, mi deber es ir en su ayuda. ¡Y ni usted ni nadie podrá impedírmelo!

Greiz agarró del brazo al obstinado Anders, reteniéndole.

—¡Aguarda, condenado estúpido! ¡Somos todos los que corremos peligro y no podemos obrar disparatadamente, dejándonos llevar por la pasión! Más que encontrar a Selly y arrebatársela a esos magos, lo que hemos de conseguir son nuestras armas. Estoy persuadido de que sólo así conseguiremos salvamos todos.

—¡Usted quiere a Selly y desea aparecer como un héroe a sus ojos! —replicó Anders, tercamente.

—¡No seas necio! Siempre has sido un hombre inteligente y un buen oficial. Ahora empiezas a desilusionarme. Mis sentimientos particulares nada tienen que ver en esto. Si vas solo al palacio, sin saber el terreno que pisas, puedes recibir una lanzada en el pecho y terminar tus días aquí, sin provecho de nadie.

»Hemos de ejecutar un plan bien estudiado de antemano. La noche nos puede servir. Ya se han encendido las hogueras de los jardines, y existen muchas zonas oscuras. Podemos cruzar por el puente y acercarnos al palacio. No sé cuánto tiempo tardarán en echarnos de menos. Quizá vayan a darnos de comer y se encuentren las celdas vacías. Por eso deduzco que no tenemos mucho tiempo.

—El comandante tiene razón —intervino el sargento Bracque—. Debemos obedecerle, ahora con mayor motivo que antes. Mándenos, señor.

—Escuchadme todos. Vamos a dividirnos en grupos de dos.

Pasaremos todos al palacio. Cada pareja tomará un lugar distinto por asalto. Se trata de registrar el mayor número posible de lugares, hasta encontrar nuestras armas, aunque sea sólo una. Cuando eso ocurra, el que haya encontrado algo, gritará fuertemente y procurará salir hacia el exterior, a fin de reunirnos todos de nuevo.

»Aquí sucede que, por medios telehipnóticos, nos están haciendo creer cosas inexistentes. Por eso, es posible que algún mago nos haga creer que está armado y nosotros no, que nos hagan creer cosas que no pueden ser.

»Pues bien, en esos momentos, nosotros hemos de actuar como si lo que vamos a realizar fuese posible. Si íbamos a disparar un arma recuperada, para defendernos de un peligro, realizaremos el acto de disparar, aun en contra de nuestra propia voluntad.

«Entended bien esto. Os pueden hacer creer que os devora el fuego. Y, a menos que ello sea posible, si es que el fuego existe, no debéis hacer caso. Los peligros que nos amenazan aquí son las lanzas de los guardianes y los látigos metálicos que llevan en las manos.

»Ésas son las únicas armas que emplean para someter a los «urcos» inferiores. Las otras armas, las aparentemente más peligrosas, son los trucos de magia que nos hacen creer, porque ellos han captado nuestra debilidad y conocen nuestras sensaciones.

—¿Cómo ha averiguado usted eso, señor? —preguntó la geólogo Agnes Rohm, con voz queda.

—Porque yo también he estado haciendo de mago —respondió Greiz, volviéndose a Ralph Anders—. Tú vendrás conmigo, teniente… Y Miriam también. Los demás iréis por parejas.

Greiz dio unas cuantas instrucciones más, a la espera de que la noche fuese totalmente cerrada, y luego ordenó ponerse en marcha. Los primeros en partir fueron él, Anders y Miriam, que se deslizaron, agazapados por el puente que unía el patio de los prisioneros con una de las dependencias laterales del palacio.

La luz de las grandes hogueras llegaba bastante débil hasta el puente cuyos pretiles, en sombras, les protegían de posibles guardianes en las almenas del palacio.

Éste no podía ser comparado con nada que conocieran o hubiesen visto antes los terrestres en los libros de historia. Su arquitectura obedecía a un complicado y extraño esquema. Podía decirse que era un castillo de piedras, muy antiguo. Pero su forma era insólita y disparatada. Nadie podía decir a ciencia cierta dónde estaba su entrada

principal, ni si el enorme cubo verde, del que partían tres altas agujas hacia el cielo, era la cocina o el aposento regio.

Greiz había podido observar ventanas y puertas por todas partes. Los muros, en su mayor parte, estaban cubiertos de una especie de hiedra o vegetal trepador, color verde, que debía ser causa del nombre de Palacio Verde.

Había más de cien dependencias distintas, numerosos kilómetros de pasillos, escaleras, rampas y hasta especies de toboganes deslizadores, así como más de dos millares de puertas y ventanas. Posiblemente, aquel desconcierto arquitectónico obedecía a que los distintos Grandes Señores de Urca, habían ido añadiendo obras al primitivo palacio, de acuerdo cada uno con gustos y necesidades diferentes. Los jardines de la isla en medio del lago aún permitían que nuevos tiranos hicieran su capricho en aquel singular palacio, que ya era un laberinto intrincado, con más trampas que una legión de tahúres jugando a ganar.

Allí vivían Princesas, «libélulas azules» que criaban a sus hijas e hijos, unas para la gloria y otros para la muerte; o bien, en casos raros, para una gloria mayor que la de ser mujer urca.

En alguna parte de aquel amasijo de piedras superpuestas, debían de hallarse los magos, los aprendices de magos y los harenes donde vivían las mujeres.

Esos harenes debían de ocupar una gran extensión, porque eran focos de cultura y enseñanza, al mismo tiempo que antesala de libertad. Posiblemente, aquellas mujeres estarían impacientes por servir a su Gran Señor.

Greiz había sabido todo esto por el mago Ank-pgor. Pero Greiz ignoraba lo que había ocurrido en el palacio con Selly, y su intención era, sin dejarse dominar por ocultas influencias, recuperar sus armas e imponer la razón de la fuerza en Urca. Y, si era necesario, estaba dispuesto también a modificar la estructura orgánica de aquel sistema oprobioso y antinatural.

En conciencia, Greiz sabía que los «urcos» vivían bajo la tiranía más absurda e incongruente de cuantas hubiesen existido jamás en los distintos mundos habitados del universo.

* * *

Se deslizaron por una especie de terraza, hacia una gran puerta rectangular. Ralph Anders se adosó al muro, junto a Greiz y esperó a

que llegase Miriam, quien lo hizo corriendo silenciosamente.

—Entra tú, Ralph —ordenó Greiz, para dar una muestra de confianza a su resentido oficial.

Sin vacilar, el teniente Anders se asomó a la puerta, escuchando. Luego, penetró en la oscuridad.

Greiz y Miriam no se movieron.

A los pocos minutos regresó Anders. Acercó sus labios a los de Greiz y musitó:

—Es una estancia vacía. Sólo hay unas curiosas sillas y una mesa de piedra.

—¿Puertas interiores?

—Dos —respondió el oficial—. Una creo que da a un pasillo y otra a una escalera ascendente y que empieza ahí.

—Tomaremos la escalera. Guíanos.

Ralph abrió de nuevo la marcha, llevando a sus compañeros hacia donde había encontrado la puerta que comunicaba con la escalera. Miriam observó, en voz baja:

—Habría sido interesante traer alguna lámpara electrónica.

—Lo pensé —dijo Greiz—. Pero no quise traer nada. Ignoro cómo terminará esto. Además, la oscuridad nos favorece tanto como a ellos.

La escalera terminaba en un pasillo. Y allí vieron numerosas puertas, a derecha e izquierda, de las que salía una débil luz. Greiz hizo que Anders y Miriam se detuvieran junto a la escalera y avanzó hacia la primera puerta.

Su sorpresa fue grande al ver, dentro de una estancia cuadrada, de regulares dimensiones, una joven «urca», leyendo en una tabla que parecía de arcilla. Sobre una mesa de piedra, la mujer tenía numerosas tablas.

¡Y se iluminaba con una lámpara parecida a las que, antiguamente, en la Tierra, se empleaban en las hornacinas de los santos! Era un cuenco conteniendo un pábulo flotante en un líquido oleaginoso.

En las otras habitaciones vio distintas jóvenes estudiando sus tablas. También pudo observar que algunas yacían ya sobre sus lechos de piedra, envueltas en telas azules.

Regresó a donde esperaban Anders y Miriam.

—Bajemos de nuevo. Aquí ya está visto todo. Son jóvenes vírgenes, que estudian.

Descendieron a la cámara y tomaron el pasillo, hasta llegar a una

ancha escalinata que descendía hacia un oscuro vestíbulo.

Estaban indecisos, sin saber qué camino tomar, cuando escucharon gritos en alguna parte del enorme edificio.

—¡Alguno de los nuestros ha sido descubierto! —exclamó Anders—. Tenemos que escondernos.

—¡No, abajo, pronto! —ordenó Greiz.

Los gritos procedían de algún lugar situado en la parte alta del palacio. Greiz quería evitar el encuentro con la guardia. Pero se equivocó, porque la escalera daba a un amplio vestíbulo, ¡en cuyos muros había más de una docena de guardias con lanzas, que permanecían en actitud estática durante toda la noche!

Sin embargo, aquellos guardianes de la noche poseían la virtud de ver en la oscuridad. Y los tres intrusos fueron descubiertos cuando menos lo esperaban.

Se oyó una voz gutural y Greiz vio moverse las figuras que había en aquella especie de nichos o hornacinas, a modo de garitas. Al mismo tiempo, una lanza fue lanzada hacia ellos, pasándoles rozando.

—¡Atrás! —gritó Greiz.

Miriam fue la primera en retroceder. En cambio, Ralph Anders se revolvió y agarró la lanza que les habían arrojado y que había golpeado de punta contra los peldaños de la escalera.

Al extremo del vestíbulo existía una gran puerta abierta. Un débil resplandor, procedente de las grandes hogueras del jardín, llegaba hasta la entrada. Gracias a ello, Greiz y Anders pudieron ver las sombras de los guardianes saliendo de sus hornacinas y atacando con sus largas lanzas.

Anders atacó con una valentía impresionante, esquivando a un guardián que no había soltado su lanza, y ensartándolo por el vientre con el arma que había tomado.

El «urco» lanzó un grito de agonía y se contrajo. Al soltar su lanza la tomó Greiz, gritando:

—¡Retrocede a la escalera, Ralph! ¡Los contendremos!

También Greiz logró herir a otro guardián en el pecho, arriesgándose a recibir una herida. Esquivó con una ágil finta y extendió la mano armada.

Anders recibió entonces la dolorosa punzada de una lanza en el muslo derecho. Desde el pie de la escalera, los atacantes, extendiendo una barra de lanzas, buscaban los cuerpos de los dos astronautas, los cuales Untaban, retrocediendo.

Pero Ralph Anders tuvo mala suerte. Apenas si veía y sus adversarios le veían muy bien a él. Esto fue causa de que, al pretender evitar una punta acerada, se encontró su pierna con otra.

—¡Huya, comandante! —gritó Anders, asiendo la lanza a modo de venablo y lanzándolo hacia el grupo de atacantes.

Greiz no huyó, sino que, de un salto, se plantó delante de su oficial, para servirle de escudo, mientras rugía:

—¡Retrocede tú y únete a Miriam! ¡Yo los contendré!

Enarbolando la lanza sobre su cabeza, a modo de molinete, Greiz sembró el desconcierto momentáneo entre los guardianes. Ralph, cojeando, se retiró.

—¡Atrás! —rugía Greiz—. ¡Atrás, condenados!

Los otros vacilaron. Algunos habían caído, heridos o muertos. Pero eran muchos y temían más a su señor que a los extranjeros de lengua incomprensible.

Quizás habrían terminado con Greiz de un ataque masivo, despreciando el molinete de su lanza, de no haber ocurrido algo en aquel instante que puso fin a la lucha.

Una gran llamarada roja se produjo en el centro mismo del vestíbulo, donde había como una fuente de piedra. Y de su centro, en medio del fuego, flotando en el aire, apareció el mago Ank-pgor, cuya voz atronó en el recinto:

—¡Basta!

Los guardianes se volvieron, aterrados, y cayeron todos de rodillas, no para quedar quietos, sino para arrastrarse, alejándose rápidamente sobre el pavimento.

—Vamos, Ank-pgor —dijo Greiz, secándose el sudor de la frente—. No es necesario que te chamusques los pies.

—¡Estáis locos! ¿Qué os proponéis? —replicó Ank-pgor, sin moverse del centro de su pira mágica.

—Luchar por nuestras vidas.

—¡Vuestras vidas no corren peligro! —rugió Ank-pgor—. En cambio, todos estamos preocupados por la suerte de Arktmer.

—¿Qué le ocurre al Gran Señor?

—Quedó paralizado por la magia ciega de vuestras armas. Sabemos que vive, porque los magos médicos oyen los latidos de su corazón, pero no se mueve.

Greiz vio su gran oportunidad en aquel instante.

—¡Yo puedo devolverle a la vida!

—¿Cómo?

—Con la misma arma que lo paralizó. ¿Fue la teniente Selly?

—Sí, ella fue. Ahora está aprisionada en la caja invisible. Yo quiero confiar en ti, Haar Greiz, pero leo tus pensamientos y sé que nos vas a ocasionar graves disgustos.

—¡Te juro por la salvación de mi alma que devolveré la vida al Gran Señor! Yo cometí el error de desafiarle, a mi llegada aquí. Y él me dominó con su magia. Podemos rectificar todos esos errores.

»Si es cierto que lees en mi mente, sabrás de mis sanas intenciones. Luchamos porque nosotros no nos conformamos a la privación de libertad. Hemos nacido libres y estamos dispuestos a morir antes de someternos.

»La violencia no favorecerá a nadie.

—¡Pero tú pides una de vuestras armas para devolver la vida a Arktmer! —exclamó la imagen que Ank-pgor había proyectado sobre aquel fuego inexistente—. ¿Cómo sabremos que no la volverás contra nosotros y dejarás sin vida a los que gobernamos en Urca?

—En cuanto Arktmer vuelva en sí, os devolveré el arma.

—Bien. Aguarda… ¡Lástima que ya han muerto algunos de tus compañeros!

—¿Quién ha muerto? —gritó Greiz, con voz desesperada.

* * *

Al entrar en el gran salón, donde Arktmer había sido colocado sobre la mesa de granito, Greiz vio, al fondo, a Selly, aprisionada por los invisibles muros de su caja de cristal, donde apenas podía moverse.

A la derecha de la entrada, sobre un charco de sangre, vio, boca arriba, la figura del sargento Bracque, abierto el pecho por una lanzada. El soldado Ins también había muerto, así como la geólogo Agnes Rohm, atacada junto con el teniente Paul Nyanza en un pasillo. El oficial logró escapar, pero ella fue alcanzada por una lanza en la espalda, cayendo muerta en el acto.

Éstas eran las víctimas de los terrícolas. Agnes Rohm no se uniría jamás a Paul Nyanza, ni mostraría sus hermosas piernas hasta las caderas. Su existencia terminó allí, brutalmente, mientras luchaba por su libertad.

Sin embargo, el mensaje mental de Ank-pgor llegó hasta los magos y

un gran número de ellos salieron de sus aposentos, para contener la lucha y evitar que la guardia siguiera exterminando a los extranjeros.

Ank-pgor se disculpó con Greiz, diciendo:

—Os creíamos encerrados en las mazmorras.

—No me digas nada, Ank-pgor. Déjalo ya. Dadme la «helly» y os devolveré al Gran Señor… Pero antes debéis curar a los heridos y libertar a la teniente Selly.

Ank-pgor asintió con la cabeza. Su orden mental se cumplió en el acto. Al desaparecer las paredes invisibles que la sostenían, Selly cayó pesadamente al suelo, exhausta. Greiz se acercó a recogerla.

—¿Cómo te sientes, pequeña? —preguntó, solícitamente.

—Estoy agotada, Haar… ¿Qué ha ocurrido?

—Apóyate en mí —la ayudó a levantarse y la condujo hacia donde estaban los magos, cerca de la mesa sobre la que yacía Arktmer—. Dadme el arma con la que fue paralizado el Tirano.

Uno de los magos salió y regresó a los pocos minutos con la «helly» en la mano. Primero se la entregó a Ank-pgor, y éste, tras breve vacilación, se la dio a Greiz, quien la examinó impasible.

—¿Qué potencia de disparo hiciste, Selly?

—No lo recuerdo… Pero la carga estaba intacta.

Greiz comprobó el indicador de potencia. Hizo un breve cálculo mental y dijo:

—Seis décimas… Pudiste matarle, Selly.

—No sabía lo que hacía.

Greiz realizó un reajuste en la «helly» y luego apuntó con ella a la figura yacente sobre la mesa. Se produjo una vibración acústica, al presionar el disparador *y,* en el acto, Arktmer se agitó, no tardando en incorporarse.

El Tirano miró en derredor. Los guardianes tenían antorchas encendidas y se veía con facilidad. Al encontrar su mirada a Greiz, su semblante liso y oliváceo se distendió.

—¡Matadles! —gritó en lengua «urca»—. ¡Matad a los extranjeros, sin excepción! ¡Yo, vuestro Amo y Señor, os lo mando!

Ank-pgor se apresuró a avanzar, alzando la mano.

Capítulo VII

—Perdón, Gran Señor —dijo Ank-pgor, también en su lengua, por lo que Greiz no se enteró de nada—. No debes hacer eso. El comandante Greiz te ha devuelto la vida.

—¡Ella me la quitó! ¡Matadles, he dicho!

Greiz intuyó lo que estaba ocurriendo como si alguien, a través de la distancia, le estuviese traduciendo las palabras de Arktmer.

«¡Dales una lección! ¡Aplácales la soberbia!», parecía estar repitiendo una voz en su mente.

Selly emitió un grito al ver a los guardianes acercarse a ellos, prestas las lanzas.

Ank-pgor aún intentó convencer al señor de Urca, pero éste había saltado de la mesa, demudado el semblante por la ira y señalaba al reducido grupo de terrestres situados detrás de Greiz.

Allí estaban Hemma Poltz, Miriam Older, Paul Nyanza, la cadete Pearl Silvery, el ingeniero Vandoe, la soldado Jean Foix, Selly y el teniente Ralph Anders, con un improvisado vendaje sobre el muslo, blanco como la cera, sosteniéndose en el ingeniero Vandoe.

—¡Acabad con todos ellos! —gritó una vez más Arktmer.

Greiz volvió la «helly» hacia la guardia y presionó el pulsador, manteniéndolo oprimido mientras efectuaba un movimiento de abanico. Y todos los guardianes, incluyendo a algunos que sostenían las antorchas, se quedaron paralizados. Unos rodaron por el suelo, en la misma rígida postura que tenían al ser alcanzados por los rayos ultrasónicos; otros permanecieron de pie. Algunas antorchas y lanzas cayeron al suelo.

Luego, Greiz se volvió a Arktmer, apuntándole.

¡Pero en aquel mismo instante el arma desapareció de sus manos!

Greiz no se inmutó.

—No te servirá de nada, Arktmer —dijo—. Me haces creer que tu magia me ha desposeído del arma, cosa que no es verdad. La tengo en mi poder, aunque no la vea. No me la puedes quitar. Y si me siento desvanecer, dispararé sobre ti. Los efectos no serán invisibles, puedes estar seguro.

«Dondequiera que vaya, esta arma vendrá conmigo y con ella os eliminaré a todos. Puede matar también. Lo sabes igual como yo. Por eso, deja a un lado el poder oculto y hablemos. Tú entiendes mi lengua.

Arktmer había palidecido. Sabía que Greiz tenía razón. Veía sus manos dirigidas hacia él, con los dedos engarfiados en la máquina destructiva que él pretendía haber despojado.

—No dispares, Greiz —dijo Arktmer—. No quiero morir… Hablaremos.

La tensión parecía haberse disipado en el acto. Los magos suspiraron y también los supervivientes de la

«Sabre-X-99», cuyo jefe parecía haber ganado allí la partida.

—Eso está mejor, Gran Señor. Y te ruego que no vuelvas a recurrir a tu magia con nosotros. Los terrestres somos eternos guerreros. Y la magia no puede nada contra nuestras armas.

—No será un diálogo en igualdad de condiciones —dijo. Arktmer—. Vosotros estáis armados y nosotros nada podemos contra esos rayos malditos.

—Tienes armas como las nuestras, Arktmer. Si llegamos a entendernos y establecemos un pacto de confianza, puedo regalarte una «helly» y explicarte bien sus secretos.

—Los conozco. Son armas terribles que he ordenado ocultar en una cámara secreta, donde tenemos la «máquina del ruido» que nos llegó del cielo cuando gobernaba mi venerable padre —dijo Arktmer.

Estas palabras hicieron arquear las cejas a Greiz.

—¿Máquina del ruido? —preguntó.

—Sí. Algo estruendoso y mortal que dejó sin oído a muchos magos, cuando la estudiaban.

—¿Y dices que llegó del cielo?

—Sí. La vieron dejar una estela luminosa en el cielo. Luego, los campesinos la encontraron enterrada en los sembrados. Sólo se había aplastado la caja redonda exterior, pero la máquina que emitía ruido estaba latiendo —replicó el Gran Señor de Urca.

—Todavía late —añadió Ank-pgor, alzando su mano envuelta en la manopla metálica—. Yo me quemé la mano al pretender tocar la máquina del ruido. Hoy, al depositar en la cámara secreta las armas que habéis traído, he escuchado el latido siniestro de esa máquina. Y mi corazón ha temblado de espanto.

—Me gustaría ver esa máquina —dijo Greiz—. Si es lo que yo pienso, nos puede ser muy útil para regresar a nuestro mundo.

—Creí que no podríais regresar jamás a vuestro mundo —dijo Arktmer—. Si ello es posible, os dejaré ver la máquina del ruido. Ahora, ¿qué condiciones queréis establecer para que seamos amigos?

—Nos tenéis que devolver las armas. Son nuestra única defensa.

—Tiene razón, Gran Señor —medió Ank-pgor—. Ellos son pocos y nosotros muchos. Si no cumplimos nuestros compromisos, deben tener algo para defenderse. Ellos nos necesitan y no nos causarán daño.

—De acuerdo. Os daré las armas y recibiréis mi sincera hospitalidad. Pero… ¡Habéis de dármela a ella! —Arktmer señaló con la mano a Selly.

—No, lo siento, Gran Señor —replicó Greiz, secamente—. Eso va contra nuestras leyes. En nuestro mundo, antes de la guerra, y cuando termine, ésta, volverá a ser igual, cada hombre tiene una mujer. Así era necesario vivir para perpetuar la especie.

»Y, precisamente, la teniente Selly está disputada por dos de nosotros. El teniente Anders y yo la queremos. Es ella la que debe elegimos, puesto que su corazón es libre.

»Tengo motivos para creer que ella me prefiere a mí y no al teniente Anders. Sin embargo, si ella eligiera a él, yo no podría hacer objeción alguna. Nuestros principios naturales son ésos.

—¿Un hombre para cada mujer? —preguntó Arktmer, sorprendido, para volverse a los magos—. ¿Por qué no me habéis dicho eso, Ank-pgor? ¿Es así cómo viven los terrestres?

—Te dijimos la verdad, Gran Señor. Estos hombres vienen de un mundo en donde todos son combatientes. Están luchando desde hace siglos contra otra raza.

Las mujeres están obligadas a traer hijos para la guerra…

—¡Alto! —medió Greiz—. Eso es cierto ahora, pero no lo ha sido antaño, ni lo podrá ser una vez termine la Guerra Eterna.

«Nosotros mismos, sin posibilidades técnicas para regresar a nuestro mundo, habíamos pensado instituir el antiguo sistema natural y contraer matrimonios, a fin de reproducirnos. Ello nos obligará a criar y

educar a nuestros propios hijos, pero es una satisfacción natural de la qué no deseamos privarnos.

Arktmer escuchaba con interés.

—Explícame eso con más detalle, Greiz. Tengo interés en conocer vuestras auténticas costumbres. Por algún motivo, los magos, y en especial Ank-pgor, no me han sido fieles.

* * *

Fue una noche larguísima.

En un extenso salón, cubierto de extraños adornos de piedras brillantes, en el ángulo de una extensa— mesa, tomando leche vegetal, acida y refrescante, frutos exquisitos y extrañas hortalizas, Greiz y Arktmer conversaron extensamente hasta que los rayos de «Meeol» —el sol de Urca— aparecieron por el horizonte.

Arktmer había escuchado atentamente a Greiz, aprendiendo la historia de la Tierra, a grandes rasgos, y luego haciendo múltiples preguntas que demostraban su sagacidad.

—¿Hubo muchos soberanos?

—Sí. Cada región poseía una lengua y un soberano distinto. Pero eso cambió con el tiempo. El progreso acercó a los hombres, se hizo una lengua común a todos, y se podía hablar esa lengua o la nativa.

»Y es curioso que mientras los pueblos estuvieron separados, hubieron guerras entre unos y otros, guerras que cada vez fueron siendo mayores y más despiadadas, por intervenir mayor número de pueblos. Pero, al fin, el progreso y la ciencia, hizo que los pueblos se unieran para el trabajo y la evolución. El ser humano tomó conciencia de raza y se lanzó a la conquista del espacio.

»Así surgió la Guerra Eterna, llamada así porque dura más de doscientos años y no creemos que termine nunca. Los centauros son tan tenaces como nosotros y no quieren extinguirse.

—¿No se podrían unir las dos razas? —preguntó Arktmer.

—No —dijo Greiz—. Los centauros y nosotros poseemos distinto metabolismo. Jamás podría convivir unidos. Ésa es la tragedia.

—¿Y no podrían respetarse, establecer acuerdos inviolables?

—Se ha intentado. Ellos se consideran más fuertes y quieren vencernos. A nosotros nos ocurre lo mismo. Por eso no se termina la contienda. Hasta ahora no hemos hecho más que defendernos de sus ataques, contraatacar y recuperar los planetas que nos han usurpado.

Pero ahora, con las nuevas naves hiperlumínicas, los centauros van a conocer en sus propios mundos lo que es la guerra total. Y eso podría cambiar las cosas.

—¿Exterminaréis a los centauros?

—Ésa es la consigna dada por nuestro Consejo de Guerra Permanente.

—¿Quién manda más en la Tierra?

Greiz sonrió.

—Hay distintos mundos, para distintas materias. Puede considerarse, sin embargo, que el jefe del Departamento del Ejército es el que más manda, por estar el Sistema en guerra. Pero hay muchos jefes de departamentos y cada uno es responsable de lo suyo. Educación es una cuestión, Investigación es otra. Luego hay Trabajo, Economía, Justicia, Arte y Cultura, Deporte, Agricultura, Agua y Aire, Departamento de Fauna y Departamento de Flora… Y todos estos departamentos dependen de uno superior, en donde se reúnen los altos dirigentes, y que se llama Gran Junta Mundial de Gobierno.

—Es muy interesante todo eso. De modo que, si no tuvieseis guerra, ¿qué haríais?

—Trabajar, estudiar, colaborar en el progreso y extendernos a donde nuestras naves pudieran llevarnos.

—¿Y es posible que hasta llegaseis aquí, a Urca?

—Es posible —admitió Greiz.

—Sería un gran contraste de razas. Vosotros sois más que nosotros, ¿verdad?

—Sí. Ocupamos más de diez planetas que hemos colonizado. De no haber sido por la guerra, siguiendo nuestro desarrollo natural, ahora contaríamos con veinte mil millones de seres humanos.

—¿Criados y reproducidos por medios naturales?

—Sí, naturalmente. Los medios artificiales son producto de la emergencia.

Arktmer se quedó pensativo unos instantes. Luego dijo:

—Creo que los magos de Urca no tienen razón al insistir en que nuestro sistema continúe.

—Te entiendo —dijo Greiz—. Yo creo que tampoco.

—Todo el peso de la continuidad recae sobre mí.

Ellos preparan mujeres a mi gusto. Todas son iguales. Por eso quise modificar la estructura. Sé que dentro de pocas generaciones, nuestra

raza desaparecerá. Y es por la tradición estúpida.

»Aquí soy yo el que manda. Detrás de mí, los magos se perpetúan de un modo arbitrario. Se eligen a los más capacitados mentalmente. Pero no somos capaces de progresar en nada. Vivimos como hace mil años. Hay cada vez menos mujeres y más hombres, lo que aumenta el número de parias.

—¿Por qué no instauráis otras leyes? —preguntó Greiz—. Creo que un sistema más natural, como el nuestro, por ejemplo, salvaría vuestra raza de la desaparición.

—¿Puedes demostrarme eso?

—Sí. No hay razón para que las madres no tengan hijas aproximadamente en la misma proporción que hijos.

—¡La realidad es bien patente, comandante Greiz! —exclamó Arktmer verdaderamente interesado.

—Eso puede ser debido al origen común de las mujeres que vos desposáis aquí. En realidad, estáis vinculados todos a una misma sangre, encerrados en un mismo pueblo, empobreciéndoos paulatinamente. Aquí hay que airear, por así decir, los espacios estancados. Puedes obligar a que cada mujer tenga uno o dos maridos, en vez de no tener ninguno.

—¿Y que los parias tengan las mujeres que me pertenecen? —se extrañó Arktmer.

—No deben ser tuyas, sino de tu pueblo.

—Ellas no aceptarán esa servidumbre del hombre, al que consideran inferior.

—¡Ése es el error! ¡Deben considerarlo un igual! —exclamó Greiz—. Hay que desechar esos principios destructivos y aceptar otros más constructivos.

La charla se habría prolongado durante todo el nuevo día, de no haber llegado Ank-pgor, acompañado del teniente Paul Nyanza, quien parecía excitado. Ahora el oficial de telecomunicaciones llevaba colgada del cuello una «helly».

—Perdón —habló Ank-pgor—. Rogamos nos disculpéis. El teniente Nyanza ha examinado la máquina del ruido de la cámara secreta y tiene algo importante que deciros.

—¿Qué es, teniente? —preguntó Greiz, poniéndose en pie.

—Se trata de una sonda sideral de radio, señor —contestó Nyanza—. Enviada por nuestro Departamento de Investigaciones, hace más de sesenta años… ¡Y está en perfectas condiciones!

—¿Quieres decir que podemos comunicarnos con la Tierra?

—Está algo desajustada, pero puedo arreglarla, señor.

—¡Oh, eso es maravilloso! —exclamó Greiz—. ¿Cómo ha podido llegar tan lejos esa sonda de radio?

* * *

Paul Anders yacía en un lecho. Se le había asignado a todos los terrestres un confortable alojamiento. Como no tenían puertas, ellos pidieron se colocasen, al menos, unas cortinas. Y fueron satisfechos.

Aquel día, mientras Greiz conversaba con Arktmer, Paul recibió la visita de la teniente Selly. Y la conversación que sostuvieron ambos oficiales también fue interesante.

—¿Te hirieron cuando pretendías salvarme, Paul?

—No. Me hirieron cuando luchaba, obedeciendo al comandante.

—Debo ser sincera contigo, Paul —habló ella, con franqueza—. Si te he hecho pensar que te amaba, lo hice por… por él.

—Lo sé. Te has burlado de mí, utilizándome de cebo para atraerle.

—He sido injusta contigo, Paul. Lo siento. Pero no puedo mandar en los impulsos de mi corazón. Te ruego que me perdones.

—No puedo hacerlo… ¡No lo haré jamás! Por el contrario, lucharé, si es preciso, por destruir tu felicidad —exclamó Anders, violentamente.

Selly se puso en pie, indignada.

—No quiero hacerte caso, Paul. No quiero escucharte. Con las muertes del soldado Ins y el sargento Bracque, nuestro número ha quedado desemparejado. Mucho me temo que hayamos de vivir siempre en este planeta. Es mejor que busques cualidades en otra mujer. Miriam Older o Pearl Silvery aceptarían encantadas tu propuesta sentimental.

»No te aconsejo la rebeldía, Paul. Greiz no te lo permitirá.

—¡Lanzaré a todos los «urcos» contra él y contra el tirano!

—¿Te propones sembrar el odio y la discordia?

—¡Te quiero, Selly! ¡Sólo tú puedes calmar la fiebre que abrasa mi espíritu! ¡Si te unes a Greiz, seré vuestro mortal enemigo y no tendréis paz ni felicidad, aunque acabéis conmigo!

—Tu fiebre debe proceder de la herida. No deseo pedir a Dios que te mueras, Paul. Te aprecio y somos buenos amigos. Pero no toleraré lo que dices. Jamás seré tuya. Y, si hicieras alguna traición a Greiz, cómo superior tuyo, te haré matar.

Dicho esto, Selly dio media vuelta y abandonó la estancia.

—¡Selly, por favor! —suplicó el herido, desde su lecho.

Ella no le hizo caso. Fue en busca de Greiz y alguien la llevó al aposento en donde estaba el Gran Señor de Urca, solo, reflexionando acerca de lo hablado con Greiz.

—Perdón —se disculpó Selly, en la entrada—. Creí que estaba aquí el comandante Greiz.

—Ha ido a la cámara secreta, a ver la máquina del ruido… No te vayas, teniente Selly. Pasa. Deseo hablar contigo… En términos amistosos.

Selly sentía cierto recelo, pero Arktmer se levantó y avanzó hacia ella, con una mano extendida. Era un hombre majestuoso, viril, fuerte e impresionante. Sus ojos inteligentes parecían estar siempre despidiendo magnetismos extraños.

—Siéntate, Selly… He estado toda la noche hablando con Greiz… Es un hombre sumamente inteligente. Claro que ha tenido suerte y los magos le han ayudado, de lo contrario ahora estaría muerto. Y me alegro de que viva. Me ha hecho reflexionar.

»Hemos comparado, juntos, los sistemas porque se rigen nuestras razas. Tenemos muchos puntos en común. Somos análogos… Humanos, físicamente iguales. Y eso es extraño… ¡muy extraño!

»Hace tiempo tuve un sueño que es el que me ha hecho comportar del modo que ya sabes. Soñé que una mujer maravillosa, de cabellos largos y dorados, como tú, llegaba a través del cielo. Yo la esperaba con los brazos abiertos y ella se refugiaba en mí.

»Era la salvación del pueblo “urco”, según supe entonces. Por eso, al verte llegar a mi palacio, decidí eliminar a tus compañeros y quedarme contigo.

Cada vez más inquieta, Selly quiso ponerse en pie. Arktmer, empero, la tomó de las manos, continuando:

—Puede que no sea posible tener hijos entre tú y yo, y puede que sí. Yo dejaría libres a todas las mujeres urcas y me quedaría sólo contigo. Greiz dice que eso renovaría la sangre de mi pueblo y volverían a nacer varones y hembras en la misma proporción.

«Nosotros podríamos tener cuatro, cinco o seis hijos… Serían nuestros, heredarían este palacio, serían soberanos de Urca… ¡Sería algo maravilloso! ¿No te gustaría ser reina de este mundo? ¿Gozar del poder y la riqueza, mandar sobre vidas y ciudades? ¡Crearíamos un mundo nuevo, semejante al que tuviste allí, en la Tierra, pero sin

guerras!

—¡No! —gritó Selly, poniéndose en pie, mortalmente pálida—. No puede proponerme eso… ¡Amo a Greiz! ¡No puede usted faltar al pacto de amistad!

—Por ti soy capaz de faltar a todo… ¡En ti empiezo a ver la salvación de mi raza! ¡Tú eres la sangre nueva que yo estaba esperando!

Selly quiso huir… ¡Pero notó que sus pies no tocaban al suelo! Luego sintió las manos de Arktmer sobre sus hombros… ¡Y vio acercársele su boca entreabierta!

Capítulo VIII

—Este objeto me quemó los dedos —dijo Ank-pgor, señalando una placa de radiación diódica del complicado aparato que había sobre la mesa de piedra, en el centro de la sala subterránea.

—Comprendo —dijo el teniente Nyanza—. Está a la máxima potencia. Y el ruido ensordecedor se produce al mover el oscilómetro. ¿Tocaron aquí?

—Sí —afirmó Ank-pgor—, ahí mismo.

—No es necesario excitarlo tanto… Parece estar en perfectas condiciones. Voy a intentar establecer contacto con la Tierra.

—¡Hazlo, Paul! —ordenó Greiz, impacientemente.

El oficial de comunicaciones era un experto en su trabajo. Con gestos precisos y seguros, manipuló la máquina durante unos minutos, mientras el mago y Greiz le miraban como fascinados.

Al cabo de un rato de manipular, cambiando la posición de algunos circuitos, Nyanza se inclinó sobre el micrófono de la sonda, que era un aparato conectado al control automático de medición, y habló con voz clara y pausada:

—Habla el oficial de comunicaciones de la astronave de investigación «Sabre-X-99»… Habla el oficial de comunicaciones de la astronave de investigación «Sabre-X-99»… Aquí Paul Nyanza llamando a la Tierra… Aquí Paul Nyanza llamando a la Tierra… Por favor, contesten… Por favor, contesten… Estaciones de rastreo espacial… Estaciones de rastreo espacial… Aquí el teniente Paul Nyanza, oficial de comunicaciones de…

—Aquí estación de rastreo espacial «Z-234» en órbita sideral —se oyó, de pronto una voz.

Nyanza se volvió, emocionado y pálido.

—¡Comunicación con nuestros semejantes, señor!

Greiz dio u salto y se acercó a la sonda sideral, acercándose al micrófono y gritando:

—Escuchen, estación de rastreo espacial «Z-234». Al habla el comandante Haar Greiz, jefe de la astronave de investigación «Sabre-X-99». ¿Pueden enviar un mensaje cifrado al Departamento de Investigación? ¿Me oyen bien?

—Le oímos perfectamente. Estamos utilizando la frecuencia hiperlumínica de comunicación instantánea. Llevamos muchos meses intentando localizarles. ¿Qué les ocurrió?

—Tuvimos un accidente. Nos sorprendió, tangencialmente, una tempestad cósmica y la nave fue lanzada hacia un sistema solar no clasificado. Orbitamos en torno a un planeta y perdimos a casi toda la tripulación.

—Lo sentimos mucho, comandante Greiz. Informaremos inmediatamente. Pasamos extensión a los servicios de comunicación terrestre… ¡Ah, posiblemente no sepan que la guerra ha terminado!

—¿Ha terminado la guerra? —gritó Greiz, atónito.

—Sí, comandante. Comuníqueselo a sus subalternos. La victoria fue nuestra. Los centauros fueron vencidos al primer ataque con astronaves como la que usted experimentó.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó Greiz, lleno de entusiasmo y emoción—. ¡Es la mejor noticia que podíamos recibir! ¿Cuándo ocurrió?

—Hace tres meses y medio. Ustedes habían partido hacía ya un año… Los centauros pidieron la rendición incondicional al perder a sus dirigentes en un bombardeo masivo. Ahora nuestras fuerzas expedicionarias ocupan Próxima Centauro y todo su sistema.

—Comuniquen mi más expresiva felicitación al Consejo de Guerra —dijo Greiz, con voz alterada—. Dios ha escuchado los ruegos de todos nosotros.

Una voz nueva se oyó en la sonda sideral, diciendo:

—Escuche, comandante Greiz, soy el ingeniero jefe Irman, de la estación de rastreo espacial «Z-234». Tengo muchísimo gusto en oírle. Me acabo de levantar del lecho al saber que le habían localizado a usted, ¿Puede darme datos para orientarnos? Necesitamos saber su situación.

—Lo siento, ingeniero Irman. Fuimos azotados por una violentísima tempestad sideral y perdimos todos nuestros aparatos de control.

—¿Con qué están comunicando?

—Verá, señor. Nos vimos obligados a tomar tierra en un planeta de características atmosféricas similares a las nuestras. Está habitado por una raza humanoide, muy semejante a nosotros.

—¡Es sorprendente lo que me cuenta, comandante Greiz!

—Más sorprendente es lo que nos ocurre. Estamos comunicando con una sonda sideral que los aborígenes de Urca vieron caer del cielo, envuelta en llamas. La radio está intacta y es de extraordinaria potencia.

—Una «Zeta-Hoo-40» —aclaró Nyanza—. Tiene setenta u ochenta años.

—Continúe, comandante Greiz. ¿Qué más datos posee sobre el planeta en que se encuentra?

Greiz habló durante quince minutos, explicando todo lo que había ocurrido y mencionando los nombres de sus compañeros muertos en la expedición.

Estaba terminando su informe, para que la estación de rastreo espacial lo pasara al Departamento de Investigación, cuando el mago Gul-ojma descendió la escalera profiriendo grandes gritos.

Todos se volvieron, sobresaltados.

Gul-ojma dijo algo a Ank-pgor y éste cayó de rodillas, abatiendo la cabeza repetidas veces, con muestras de gran consternación.

Greiz le sacudió de los hombros, preguntándole:

—¿Qué ocurre? ¿Qué significa esto?

—Uno de los hombres de usted… con una de esas armas malditas… ¡ha matado al Gran Señor! ¡El Poderoso Arktmer ha muerto!

—¡No! —exclamó Greiz, estupefacto.

* * *

Ralph Anders estaba sujetado por cuatro fornidos guardianes. Selly sollozaba junto a la mesa donde Greiz y Arktmer habían pasado la noche dialogando.

¡Y el Gran Señor de Urca yacía en tierra, con un horrendo orificio negro en el pecho!

Varios magos estaban arrodillados delante de su señor, haciendo extrañas invocaciones, moviendo los brazos con gestos extraños y profiriendo palabras en urca que parecían letanías.

Greiz entró en el extenso salón, seguido de Ank-pgor, Nyanza y el mago Gul-ojma, quien les había ido a buscar a la cámara secreta.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Greiz, que empuñaba la «helly» con manos rígidas.

Selly se acercó y señaló a Anders.

—Ha sido él, Greiz. Habíamos estado hablando. Yo vine aquí a buscarte y encontré solo a Arktmer, quien me hizo proposiciones inexpresables. No quise oírle e intenté irme. Él me agarró y… Fue entonces cuando apareció el teniente Anders, armado con su «helly». Gritó al Gran Señor que se apartase de mí, cosa que él hizo rápidamente.

«Entonces el teniente Anders oprimió su disparador. La «helly» despidió rayos desintegrantes.

Selly se calló. Frente a ella, con el semblante ceniciento, Greiz se volvió al oficial que sujetaban los guardianes urcos.

—¿Te has vuelto loco, Ralph?

—¡No! ¡Usted sí que se ha vuelto loco! ¡Todos están locos aquí, en este mundo maldito y siniestro! ¡Esa hiena quería besar a Selly! ¡Yo no podía permitírselo, por muy gran señor que diga ser! ¡Son seres inferiores, gusanos cobardes, sin talento ni…!

—¡Cállate, Anders! —gritó Greiz, fuera de sí, poniendo el cañón de su «helly» en el pecho del otro—. ¡Acabas de buscarnos a todos la perdición! ¡Y esto tenía que ocurrimos ahora, precisamente ahora que hemos podido establecer contacto con nuestros semejantes en la Tierra!

»¡Ahora que sabemos que la Guerra Eterna ha terminado con la victoria de nuestras tropas! ¡Oh, Dios infinito y misericordioso! ¿Qué va a ocurrimos?

Fue Ank-pgor quien respondió a esta pregunta hecha por Greiz al cielo. Y lo hizo en tono solemne y sentencioso:

—Todos tenéis que pagar con vuestras vidas la muerte de nuestro Gran Señor… ¡Todos tenéis que morir! Pero ni así pagaréis el daño causado.

Ank-pgor hablaba con acento de ira y tristeza, al mismo tiempo. Su expresión era dura, amenazadora y definitiva.

—¡No! —contestó Greiz—. Eso es injusto. Nosotros no somos responsables de los actos irreflexivos de este loco.

—¡Es de los vuestros! ¡Todos sois iguales! ¿Crees que no sé lo que habéis estado hablando toda la noche Arktmer y tú? ¿Crees que mis oídos no están en todas partes, velando siempre por la tradición sagrada

de nuestra institución? ¿Tan ingenuo me crees para no prestar atención a lo que pretendías aconsejar a Arktmer?

Greiz se sentía seguro, empuñando la «helly», con la que apuntaba al mago, quien no parecía temer al arma.

—¡Estáis todos engañados! ¡Condenáis a vuestra raza a un fin inmediato e inexorable! Sólo pretendía hacer comprender a Arktmer que con el sistema que se sigue aquí, dentro de unos miles de años habréis desaparecido todos.

—Para entonces nosotros no viviremos. Ése es nuestro destino. Así hemos vivido siempre.

—¡Es la condenación misma de un pueblo, de una raza! ¡Hay que cambiar, se puede cambiar! ¡No tienen que ser las mujeres la clase privilegiada!

—¡Basta! —exclamó Ank-pgor—. Eso es asunto nuestro. No os incumbe. Estamos tratando otro asunto. El Gran Señor de Urca ha sido asesinado por vosotros. Debéis morir.

—No. Moriremos luchando.

—Sólo conseguiréis prolongar vuestra agonía. Agotaréis las cargas de vuestras armas y al final, aunque hayan muerto cien mil «urcos», no podréis evitar que os apresemos… ¡Y os aseguro que entonces vuestra muerte será terrible y angustiosa!

—Escucha, Ank-pgor —dijo Greiz, aferrándose desesperadamente a la única tabla de salvación que tenía, porque había comprendido perfectamente el sentido de las palabras del otro—. Seamos justos. He querido ser amigo vuestro. Acabamos de establecer contacto con nuestro mundo. Es posible que envíen alguna astronave a rescatarnos. Si nos habéis matado, u ocasionado algún daño, nuestros ejércitos espaciales os asolarán.

—No nos importa. El Gran Señor ha de ser vengado. A nosotros no nos asustan vuestras armas. Tenemos hombres suficientes para ponerlos frente a ellas y aún quedarán muchos millones para agarraros y arrojaros al lago, donde os devorarán los peces.

»Yo, Ank-pgor, en hombre de mis hermanos, los magos de Urca, os declaro enemigos.

—¡Alto, espera, Ank-pgor! ¡No digas las palabras que luego te han de reprochar haber dicho! Debemos hacer justicia. Ralph Anders ha matado… ¡Pues que muera! Esa ley es universal y debéis aceptarla.

—¡No, el Gran Señor de Urca valía más que todos vosotros! ¡Lo habéis matado entre todos y entre todos lo pagaréis!

Terminando de decir esto, Ank-pgor desapareció ante los ojos de los terrestres y lo mismo hicieron, simultáneamente, los otros magos. Allí sólo quedaron los cuatro guardianes, todavía sujetando a Anders.

Greiz se volvió a éste y masculló:

—¡Debería dejarte matar aquí mismo, imbécil! ¡Soltarle vosotros, pronto!

Los guardianes no le entendieron. Nadie les había dado ninguna orden y continuaban reteniendo al prisionero.

—¡Os he dicho que le soltéis! ¿No me oís? ¡Ank-pgor, si tú me oyes, diles que lo suelten o los mato!

Los cuatro guardianes debieron de recibir una orden mental, porque soltaron a Anders, quien se desplomó sobre el piso, incapaz de sostenerse sobre su pierna herida.

—Selly, pronto, avisa a todos y que vengan aquí… Pon vigilancia en puertas y ventanas… Nyanza, tú y Hemma, id cuanto antes a la cámara secreta y vigilad la sonda espacial… ¡Vamos, no perdáis ni un segundo! Hay que actuar antes de que se organicen.

* * *

Al cabo de una hora, Jean Foix y el ingeniero Vandoe se presentaron ante Greiz, diciendo:

—Señor, el castillo está desierto. No sabemos cómo, pero todos se han marchado. Estamos solos en este inmenso palacio. Y le aseguro que hemos podido ver cosas muy raras.

—¿A qué te refieres, Vandoe? —preguntó Greiz.

—Los pasillos parecen distintos… Las puertas cambian de lugar… Pasamos por un sitio y luego no podemos retroceder, porque la puerta ha quedado cerrada, como si jamás hubiese existido —añadió Jean Foix.

—Os he dicho que eso son trucos. Los magos deben de estar haciendo de las suyas. Quizás obedezca a una táctica para desorientarnos. Ellos están aquí y no los vemos.

»Si una puerta desaparece, no hagáis caso. La puerta está donde antes la habéis visto. Podéis pasar a través del muro.

—No. Lo he intentado —afirmó Jean Foix—. Y mire usted mi nariz.

—Eso es que te has equivocado. Por fuerza tratan de desconcertamos. Es posible que se hayan vuelto invisibles para sacar a todas las princesas de aquí. También puede que existan corredores secretos… Y hasta cabe que algunas salidas claves cambien de lugar.

»Pero vosotros recordad bien lo que os digo. Todo es magia mental, figuraciones absurdas. Intentarán haceros creer que estáis desarmados. Os harán creer cosas insólitas. Pero vosotros no debéis creer nada, excepto lo que yo os diga.

En aquel momento, llegó Miriam Older corriendo. Al ver allí a Greiz emitió un grito espantoso y cayó desmayada. Fue preciso reanimarla, echándole agua en las sienes. Cuando se recobró, Greiz le preguntó:

—¿Por qué has abandonado tu puesto de vigilancia en la atalaya?

—¡No…! —gritó ella—. Usted ha venido a verme allá arriba hace un momento… Luego alguien le disparó con una «helly», ¡desintegrándole la cabeza! ¡Le vi caer!

Greiz frunció horriblemente el ceño.

—¡Ya os están volviendo locos! ¡Yo no he subido a la atalaya! ¡Te han hecho creer que era yo, e incluso te han presentado una imagen mía falsa, a la que han figurado matar!

—Era tan real…

—¿Qué hacemos en casos así? —preguntó Selly.

—¡Eso! —rugió Greiz, empuñando la «helly» y lanzando hacia un sector del salón desierto una descarga paralizante, en forma de abanico.

Y ante el asombro de todos, vieron materializarse a un mago, que llevaba un ropón de vivos y llamativos colores, a la vez que se desplomaba, quedando rígido.

—¿Habéis visto? ¡Están ahí, en todas partes, y no los vemos! Pero al ser alcanzados por las vibraciones pierden su poder mental. Entonces, impotentes, recobran su ser ante nuestros ojos, porque no nos pueden dominar con sus ondas mentales.

—Quizá sea eso lo que se proponen —dijo Selly, reaccionando—. Disparando al vacío, pronto perderemos nuestras cargas.

—Tienes razón, Selly —admitió Greiz—. Dispararemos sólo cuando estemos absolutamente seguros de tener delante a un mago. No podemos hacer otra cosa. El asedio puede durar mucho.

Greiz se dedicaba a vigilar los puestos considerados más importantes del palacio. Había colocado a sus compañeros en ellos, por si desde la ciudad se producía un ataque masivo.

Antes de que esto ocurriera, los urcos habrían de extender los puentes. Y en aquellos momentos no había ninguno tendido sobre el lago.

Sin embargo, continuaron produciéndose «fenómenos» extraordinarios, uno de los cuajes costó la vida al ingeniero Vandoe, por

creer que caminaba sobre un pasillo que tenía el aspecto de prolongarse. La verdad fue que le engañaron los sentidos y el pasillo terminaba ante una ventana, desde la que se precipitó al jardín, cayendo de unos sesenta metros de altura.

La cadete Pearl Silvery oyó el grito del ingeniero y, al volverse, le vio caer al vacío, sufriendo un gran sobresalto. Greiz acudió inmediatamente y pensó que Vandoe habría sido arrojado desde la ventana.

—¡Hay que extremar las precauciones y nos aniquilarán uno a uno!

Aquella noche nadie encendió las hogueras en los jardines del palacio. Sin embargo, Paul Nyanza, utilizando algunos fragmentos de la sonda espacial, se construyó dos potentes linternas electrónicas, que pronto habrían de dar un resultado sorprendente.

Durante todo el día, el oficial de comunicaciones había estado en contacto con la estación de rastreo «Z-234» y había informado al ingeniero jefe Irman de la situación, quien la transmitió, sin pérdida de tiempo, al Departamento de Investigación. Ahora esperaban alguna noticia que pudiera alentarlos.

Pero, mientras tanto, viendo que la radio podía funcionar con algunas piezas menos y dos baterías auxiliares no afectaban su funcionamiento, creó dos magníficas linternas.

Con ellas se presentó a Greiz, al anochecer, diciéndole:

—¿Cree usted que esto nos puede ser útil, comandante?

—¡Magnífico! —exclamó Greiz—. Esta noche formaremos dos grupos. Cada uno llevará una de estas linternas. ¿Son de larga duración?

—Durarán varios años encendidas.

Nyanza había improvisado su trabajo, pero las lámparas producían un fuerte destello y se podían llevar perfectamente colgadas del cuello o en la mano.

Y el resultado maravilloso de las lámparas se vio al oscurecer, cuando la luz dirigida por Selly hacía unos setos del jardín reveló la presencia de tres magos, ¡los cuales quedaron deslumbrados por el foco de luz, protegiéndose los ojos y cerrando las gafas ranuradas, con lo que anulaban la telehipnosis a que tenían sometidos a los terrestres!

Selly no vaciló en disparar su arma paralizante y los tres magos fueron capturados. Uno de ellos resultó ser Gul-ojma.

Cuando Selly, Miriam Older y Hemma Poltz llevaron a los tres magos a presencia de Greiz, éste, que estaba examinando la herida de

Ralph Anders, exclamó:

—¿Cómo los habéis localizado?

—La luz. Se han quedado cegados por el foco y los hemos visto perfectamente.

Greiz reflexionó unos instantes. Luego dijo:

—Eso me da una idea… Esta noche vamos a realizar una excursión de caza nocturna. Me parece que hemos conseguido un medio para desbaratar los planes de Ank-pgor.

Capítulo IX

Quince magos cayeron aquella noche en poder de los seguidores de Greiz, gracias a los focos de luz que deslumbraban y cegaban a los urcos, sacándolos de las tinieblas en donde estaban ocultos.

La táctica había sido sencilla. Moviéndose, en la oscuridad y con sigilo, Greiz, Nyanza, Selly y Miriam penetraban en una estancia del palacio, llevando la luz apagada. Paul Nyanza encendía de pronto la luz, rasgando las tinieblas. Si descubrían algún mago, las armas paralizantes de los otros tres entraban inmediatamente en funcionamiento.

Con aquel sistema tan simple, cazaron a quince magos, pero ninguno era Ank-pgor, sino individuos de menor categoría, pero con suficiente poder para causar daño a los terrestres.

En un aposento sorprendieron a cinco. Uno de ellos intentó huir, corriendo alocadamente por el pasillo, pero él mismo se estrelló contra un muro.

La explicación dado por Greiz fue la siguiente:

—Me extrañó mucho que esos hombres de la oscuridad llevasen gafas ranuradas. Estas ranuras las abren y cierran a voluntad, por medio de un nervio óptico-mental, y es que se deduce que la intensidad de luz hace año a sus ojos, dispuestos o preparados para la hipnosis.

—¿Y la luz les ciega?

—Naturalmente. Las ranuras, durante la noche, las llevan completamente abiertas. La luz les hiere de súbito y no son capaces de hacer nada. Creo que esto dará qué pensar a Ank-pgor, cuando se entere.

Todos los magos prisioneros fueron encerrados en un aposento que

tenía una sola salida. Estaban paralizados, pero Pearl Silvery y Jean Foix les vigilaban, teniendo ante ellos otra de las luces, por si se les pasaban los efectos de la paralización.

Al amanecer, Greiz no pudo resistir el cansancio y se tendió para dormir unas horas, estableciendo turnos de guardia. Por suerte, durante el descanso no ocurrió nada, salvo que la herida de Ralph Anders, según le comunicó Miriam Older, había adquirido un mal aspecto. La asistente de Greiz manifestó su temor, diciendo:

—Temo que será necesario amputar la pierna.

Greiz no replicó. Fue a la cámara secreta, donde estaba ya Paul Nyanza y llegó a tiempo de escuchar parte del mensaje de aliento que les enviaban desde la Tierra.

Al terminar de recibirlo, Paul se lo repitió todo textualmente:

—El Departamento de Investigación cree haber podido establecer nuestra posición en la constelación del Erídano. Estamos a más de diez mil millones de años luz.

—¡Es increíble! —exclamó Greiz—. Eso significa que, si envían una nave en nuestra ayuda, tardará siglos en llegar.

—No, se equivoca. Las velocidades hiperlumínicas se han desarrollado rápidamente en los últimos meses. Es más fácil saltar de una galaxia a otra que viajar a la Luna, pongo por ejemplo. Esto es lo que me han dicho. El ingeniero jefe Irman confía en que, si los datos que poseen acerca de nuestra posición son correctos, antes de tres meses podamos ser recogidos.

—¡No!

—Aún tienen que efectuar algunas comprobaciones. Pero el Departamento de Investigación tiene interés en rescatamos y de paso conocer a esta raza que tanto parecido tiene con nosotros.

—De todas formas, no sé si podremos resistir tres meses —se lamentó Greiz.

—Hemos de intentarlo. Volver a la Tierra en época de paz y reconstrucción es importante para nosotros —dijo Paul Nyanza.

—Desde luego, haré todo lo posible por lograrlo. Ahora, Paul, te necesito arriba. Aquí ya no tienes nada que hacer. Hemos de descansar y esperar acontecimientos.

Los acontecimientos, como había previsto Greiz, se produjeron a media mañana, cuando Jean Foix anunció que una gran masa de urcos se estaba concentrando en la orilla opuesta del lago, saliendo de las calles o avenidas radiales de la población.

Greiz se subió en una de las torres y pudo contemplar a cientos de miles de parias y campesinos. Era evidente que los magos no querían poner en peligro a las castas más privilegiadas del planeta. Primero, enviaban a los desheredados, confiando en que serían suficientes para llegar hasta el palacio y derrotar a sus ocupantes, pese a sus armas.

Para ello, los magos se valieron de algún extraño procedimiento para poner en marcha los veintitantos puentes que, saliendo de la isla del Palacio Verde, llegaban a la orilla opuesta.

Al ver moverse los puentes, Greiz descendió rápidamente al jardín y reunió a todos sus compañeros.

—¡Hay que destruir esos puentes antes de que lleguen a la otra orilla! —gritó—. Emplearemos descargas desintegrantes… ¡Vamos, corred, por el amor de Dios!

Eran siete en total, porque no podían contar con el postrado Anders. Debían, pues, destruir tres puentes cada uno. Por este motivo todos corrieron en direcciones distintas, hasta situarse a la orilla de la isla.

El primero en abrir fuego desintegrante fue el propio Greiz, pillando un puente que ya se había extendido unos seis metros sobre las aguas. El rayo de fuego desintegrante actuó a modo de lengua oxiacetilénica sobre el extraño hierro blando urco y lo segó en pocos minutos. Era imposible que pudiera llegar a la orilla opuesta, porque la longitud del puente era la misma que la anchura del lago.

Con idéntica rapidez, Greiz segó otro puente que ya casi había llegado a la mitad del lago, mientras sus compañeros le imitaban en distintos lugares de la isla circular.

Actuaron aprisa, desesperadamente, luchando contra el tiempo. Pero sufrieron un percance, por culpa de la imprevisora Pearl Silvery, cuya «helly» debía tener una pérdida de carga, ya que al segundo puente que segó se le agotó la carga.

Dando gritos, la joven cadete corrió hacia donde estaba Paul Nyanza, a quien pidió ayuda.

—¡La «helly» no me funciona! ¡Hay dos puentes que segar y están llegando ya a la orilla!

—¡Corre a la cámara y toma la «helly» de Vandoe! —le dijo Paul—. Yo me ocuparé de esos puentes… ¡Pero avisa al comandante!

La muchacha corrió desesperadamente. Sus gritos llegaron hasta Greiz, quien ya había ultimado su labor, frustrando la invasión de los urcos por aquel lado.

—¿Qué ocurre?

—¡Hay dos puentes que están llegando a la orilla! —chilló Pearl.

Greiz no esperó a saber dónde ocurría aquello. Voló, por así decir, pasando cerca de donde estaba Selly terminando con su labor. Al rebasar un grupo de árboles, Greiz vio palpablemente el peligro. Los rayos del arma de Nyanza pugnaban por destruir un puente… ¡Y todavía quedaban dos intactos!

—¡Allí, Selly! ¡Miriam, Jean, Hemma, aquí!

Por mucho que se dieron prisa, no fue posible llegar a tiempo. Los dos puentes, como si su prolongación hubiese sido acelerada en último extremo, llegaron al otro lado del lago. E inmediatamente, la horda de urcos vociferantes se lanzó hacia la isla por encima de los dos puentes.

—¡Hay que contenerlos! ¡Fuego contra ellos!

Se emplearon rayos actínicos desintegrantes. No se podía disparar a tal distancia con rayos paralizantes, qué habría sido más piadoso. Al mismo tiempo, convenía segar los dos puentes.

Y la muerte causó allí una carnicería espantosa. La primera fila fue segada en ambos puentes. Los urcos, gritando ferozmente, se lanzaban al lago para ser devorados rápidamente por los millares de peces carnívoros. Las aguas, antes transparentes y claras, se tiñeron rápidamente de rojo en medio de una alucinante locura.

En menos de diez segundos, los terrestres ocasionaron a sus enemigos más de dos mil bajas, obligando a replegarse a los otros, aunque esto no fue fácil, debido a la gran presión de los urcos que venían detrás.

Se pisotearon unos a otros, matándose, cayendo al agua y muriendo ante la increíble voracidad de los peces.

Al fin, Nyanza y Greiz lograron cortar los dos puentes y el lado correspondiente a la parte de la ciudad se hundió en el agua, arrastrando consigo a muertos y heridos que no habían podido retirarse. El festín de los peces llegó a su apogeo:

Para no ver aquello, Greiz se retiró al palacio, cabizbajo.

* * *

Los urcos estuvieron varios días sin dar señales de vida. Tampoco los magos aparecieron por ninguna parte durante aquel tiempo, como si estuviesen ocultos los que no habían caído prisioneros, o bien estudiando algún complicado plan de ataque, decisivo y final.

Y así fue, en efecto.

Una mañana, mientras paseaba cerca de la orilla del lago, en compañía de Selly, Greiz observó un detalle singular.

—Oye… En días anteriores el agua llegaba hasta aquí… ¡Se conoce perfectamente la señal!

Habían estado hablando sobre la precaria situación de Ralph Anders, cuya herida del muslo ofrecía, día a día, un aspecto más inquietante. Pero la observación de Greiz hizo olvidar a Selly inmediatamente el estado del herido.

—¡Es cierto! ¿Qué puede significar?

—¿No lo entiendes? —exclamó Greiz, profundamente alarmado—. Van a desecar el lago. Estamos en la cumbre de un terreno elevado. Si abren las espitas de los tubos subacuáticos, el agua se irá en no sé qué tiempo. El lago quedará seco…

—¡Y vendrán a millones sobre nosotros! —gritó Selly.

—Exactamente. Los peces morirán, pero ellos podrán atacarnos en masa y ése será nuestro fin.

—¡Hay que fortificarse dentro del palacio! —exclamó Selly.

—Sí, es nuestra única solución. Emplearemos la táctica de luchar muro con muro y casa con casa. Pero el fin será inevitable. Nuestras armas no soportarán mucho más tiempo. Están ya medio descargadas y ese maldito Ank-pgor lo sabe.

—¿Qué hacemos, pues?

Greiz tardó unos segundos en contestar, mirando hacia las aguas.

—Volvamos al palacio. Hemos de celebrar una asamblea. En estos casos es mejor contar con la opinión de todos.

* * *

Nada más llegar al palacio, Miriam Older se acercó a Greiz y le dijo:

—Hay que hacer algo con el teniente Anders. Su estado se agrava por momentos. La fiebre es muy alta… Si nos decidimos a amputar la pierna, puede morir. Hay que cortar la cadera… Y no tenemos medicamentos adecuados ni nada.

—¿Gangrena, definitivamente? —preguntó Selly, apenada.

—Me temo que sí. La lanza con la que le hicieron la herida debía de estar infectada —dijo Miriam.

—¿Duerme?

—No. Está despierto. Pero sigue como siempre, sin hablar.

—Vamos a verle —dijo Greiz—. Y llama a todos. Quiero celebrar una reunión para comunicar algo importante.

Miriam Older saludó y se fue, mientras Greiz y Selly se dirigían al aposento en donde estaba tendido Anders, sobre un improvisado lecho de telas azules y de colores, halladas en el palacio.

Anders estaba medio incorporado en su lecho. Al ver entrar a Greiz acompañado de Selly, frunció los labios.

—Lo siento, Ralph. Créeme. Daría algo por no verte así.

—¡Hipócrita! —masculló Anders, secamente.

—Puedes creerme. Éramos doce al llegar a este planeta y sólo quedamos siete. A ti no te podemos contar para nada. Y tu pierna nos preocupa. Miriam opina que es necesario amputarla.

—¡No lo consentiré! —exclamó Anders, sacando su «helly» de entre las telas y apuntando a la pareja.

—¿Quién te ha dado esa arma? —rugió Greiz, desconcertado.

—La he tomado yo, mientras vosotros dormíais. No quiero estar indefenso.

—¡Dámela! —exigió— Greiz, avanzando hacia el herido.

—¡No te acerques o disparo! —rugió Anders—. No vacilaré en matarte… ¡Atrás!

Fue Selly la que sujetó a Greiz, diciendo:

—Déjale, Haar. De todas formas, es igual. No nos salvaremos nadie.

Greiz, sin dejarse intimidar por el arma de Ralph

Anders, retrocedió y se sentó sobre una silla de piedra. Al poco llegaron los otros.

—¿Qué sucede? —preguntó Paul Nyanza.

—Tengo malas noticias que daros —empezó diciendo Greiz.

Hizo una pausa que nadie se atrevió a romper, conteniendo el aliento. Luego, con un suspiro, prosiguió:

—Nuestro momento final se acerca. Hemos observado que las aguas del lago empiezan a descender. Y eso significa…

—¡Que nos atacarán de nuevo por todas partes! —gritó Jean Foix, aterrada.

—Exactamente.

—Hay que tomar una resolución y para eso os he llamado.

—¿Cuál? —preguntó Hemma Poltz, serenamente.

La cadete Pearl Silvery se echó a llorar en silencio.

—Hay varias, pero todas conducen al mismo fin —dijo Greiz—. Más

tarde o más temprano, nos dominarán y entonces todo habrá terminado.

—¿Y si intentamos salir de aquí y abrirnos paso a través de la ciudad, disparando hasta que tengamos energía? —preguntó Paul Nyanza.

—Ése es el modo más rápido de acabar —contestó Greiz—. No sé cuánto tiempo tardará el lago en quedar seco. Tal vez un día, o quizá menos. Los peces morirán en poco tiempo. Luego atacarán. Creo que no tenemos mucho tiempo si queremos fortificarnos. Se trata de arrancar piedras de donde sea y tapiar las entradas del palacio. Nos podemos situar en los lugares altos y desde allí defendernos hasta que tengamos fuerzas.

—¿Hay otra solución mejor? —preguntó Selly.

Nadie replicó.

—¿Qué decidimos? —insistió Greiz.

—Nos fortificaremos y lucharemos hasta el fin —declaró Nyanza, secamente.

—¿Qué opinas tú, Miriam?

—Lo mismo que el teniente Nyanza.

Todos, incluyendo a la joven Pearl, dijeron lo mismo. El único que no dijo nada fue Ralph Anders, pero con él no se podía contar.

—Bien, no se hable más. Se trata de poner manos a la obra inmediatamente. Es necesario bloquear todas las entradas inferiores, destruir el puente y todos los pasos que puedan acercarlos a nosotros. Ya podéis empezar.

»Yo me quedaré aquí un rato, con el teniente Ralph Anders.

Salieron todos y Greiz tomó un cuenco de leche vegetal y acida, de un recipiente que Miriam había dejado junto al herido.

—¿Cómo arreglo tu caso, Ralph? Dímelo tú mismo.

—No necesito tu ayuda, Greiz.

—¡Tu situación es desesperada!

—¿Y la vuestra?

—No quiero recordar que estamos así por tu culpa.

—¡Aquel imbécil merecía la muerte!

—Eso ya no tiene remedio. El daño ya está hecho. Ank-pgor no nos perdona y desea acabar con nosotros, aun cuando luego lleguen nuestras naves de rescate y lo arrasen todo. Ellos quieren vengar a su Gran Señor.

»Pero te repito que todo eso me tiene sin cuidado ahora. Me

preocupas más tú. No sé qué va a ocurrir si te dejamos como estás. Puedes morir, Ralph. En cambio, si te amputamos la pierna, tienes alguna posibilidad de salvarte.

—¿No acabas de decir que nadie se ha de salvar? ¿Para qué quieres separarme de mi pierna?

—Eres obstinado y terco, Ralph. Y todo porque Selly me ha elegido a mí.

—¡Me prefirió a mí, hasta que tú te interpusiste!

—Eso no es cierto, Ralph. Si mueres, deseo que te lleves la verdad al otro mundo. Yo quería a Selly desde el momento en que la conocí. Pero no podía decir nada. Yo era el comandante de una nave de investigación militar. Estábamos en guerra. El amor es un lastre que un oficial con sentido del deber no puede aceptar. Pero la situación cambió totalmente cuando sufrimos el accidente y creímos que jamás volveríamos a la Tierra.

«Entonces ni yo podía sacrificar a Selly, sabiendo que ella me amaba, ni tuvo fuerzas para sacrificarme a mí. Ella estaba coqueteando contigo para darme celos. Es muy femenino. Cuando yo hablé, se aclaró todo.

—¡Yo la quiero más que tú, Greiz! —exclamó Anders, casi llorando de rabia.

—Lo siento. Ahora, en nuestro mundo, se dará libertad de matrimonio. Cada hombre podrá elegir a la mujer que quiera, como ha sido siempre. Y si ella te acepta, tan felices. Pero no pretenderás imponer tu amor a nadie, porque las leyes no te lo permitirían.

—¡Déjame en paz, Haar Greiz! ¡Déjame morir aquí y no te metas más conmigo!

Cuando Greiz salió del aposento tenía la certeza de que Ralph Anders se había quedado llorando.

Durante todo el día estuvieron trabajando para bloquear todas las entradas. Tanto las mujeres como Nyanza y Greiz se esforzaron con denuedo en la labor, mientras se comprobaba que el agua del lago continuaba descendiendo, observándose también una gran agitación en los peces, como si éstos presintieran el fin que se avecinaba.

Al anochecer, Miriam Older preparó la cena, recurriendo a las despensas del palacio, que todavía estaban bien provistas. Pero cuando la asistenta fue a servir a Ralph Anders no lo encontró.

La joven corrió a donde estaba Greiz, descansando y gritó:

—¡Jefe, el teniente Anders ha desaparecido!

—¿Cómo? —exclamó Greiz, poniéndose en pie de un salto.

—¡No está en su lecho! ¡Se ha ido!

—Hay que buscarle inmediatamente… Nyanza, trae las luces. Registraremos los jardines… ¡Presiento que debe de estar intentando salir de la isla al amparo de la oscuridad, porque a la luz del día le abríamos visto!

También descubrieron entonces que faltaba una de las linternas.

Capítulo X

«¡Yo los he llevado a esta situación desesperada y yo debo salvarlos!», se decía Ralph Anders, arrastrándose penosamente sobre el puente que había sido segado por los rayos desintegrantes cuando se pusieron todos sus mecanismos en movimiento.

Anders había estudiado detenidamente el estado de los puentes, eligiendo uno, precisamente el primero que fue segado, porque toda su armadura se había extendido hasta casi alcanzar la otra orilla.

Y Anders había calculado que cuando bajasen las aguas un metro, él podía cruzar a la otra orilla sin peligro, debido al declive del fondo del lago.

Por esto, al llegar la noche, tomó su «helly» y una de las linternas fabricadas por Nyanza, y sin que nadie se diera cuenta, se arrastró, saliendo al jardín.

Ahora, en la oscuridad, se arrastraba dolorosamente sobre el puente, avanzando palmo a palmo, mientras el intenso dolor de su pierna parecía que iba a hacerle perder el conocimiento de un instante a otro.

Había escuchado las voces de Selly y de Greiz, buscándole entre los jardines. Luego vio la luz registrando los puentes. Y, casualmente, el que le llevaba a la otra orilla, separado de los flotadores, estaba muy doblado sobre las peligrosas aguas. Esto hizo que Greiz no le viera, en su rápido examen del lugar.

Anders continuó avanzando hasta llegar a donde terminaba el puente. Allí comprobó que el agua aún no se había retirado lo suficiente para permitirle pasar a la otra orilla. Sin embargo, el silencio y la quietud de las aguas le hicieron pensar. Y para cerciorarse de si su instinto era acertado, se las arregló para dejar penetrar en las aguas la

pierna herida.

Nada ocurrió. Los peces, como había supuesto Anders, estaban dormidos y no se dieron cuenta de que algo penetraba en su elemento. Sonrió en la oscuridad y luego se dejó caer, hasta que sus dos pies tocaron el fondo del lago. El agua le llegaba por encima de la rodilla.

Pudo avanzar, apoyándose en el palo que ahora le servía de muleta, que era un trozo de lanza de la guardia del palacio. Ahora, en la mano derecha, Anders empuñaba la «helly».

Salió del agua. En la gran explanada que había entre el lago y las primeras suntuosas casas no se veía a nadie. Toda la ciudad parecía estar muerta. Sin embargo, al acercarse, vio Anders débiles luces en algunas señoriales ventanas. Las urcas que vivían en aquel suntuoso barrió no dormían.

Ralph Anders llevaba un objetivo extraño, pero concreto. Para ello necesitaba llegar a una de las mansiones más aristocráticas, en donde esperaba encontrar a alguien.

En Urca, las casas no tenían puertas, ni cristales las ventanas. Por esto era muy fácil introducirse en una mansión. Y esto hizo Anders. No vaciló. Vio luz en una ventana y entró. Recorrió un pasillo, cruzó un dintel… ¡Y descubrió a una mujer, cubierta de telas finas y azules, tendida sobre un lecho, leyendo una tablilla, en donde se veían los extraños garabatos urcos!

Anders encañonó a la mujer con la «helly» y encendió su potente luz eléctrica, bajo cuyos rayos pudo ver incluso la piel olivácea de la mujer y el contorno de su silueta.

—No te muevas… Sé que habéis estado aprendiendo nuestra lengua… Yo he visto esas tablillas antes y he comprendido signos… Me entiendes, aunque no sea mucho.

—¿Qué… qui-e-res de mí? —preguntó la mujer, visiblemente asustada.

—Quiero que me lleves a donde está el mago Ank-pgor. De lo contrario, te desintegro el cuerpo de un disparo.

—¡No… no ma-tar-me! ¡Pi-e-dad, te-rrí-co-la! —suplicó la urca, poniéndose de rodillas.

—Vamos, no puedo perder tiempo. Llévame dónde está ese maldito mago o te abraso.

La mujer ya no se resistió más. Sabía lo que era capaz de hacer una máquina como la que llevaba Anders. Y debió adivinar, por su lamentable estado, la desesperación que le dominaba. Se levantó, pues,

y pasó delante de Anders, para salir al exterior.

—Despacio. No puedo caminar aprisa. ¿Me entiendes?

Ella, muy asustada, asintió con la cabeza.

Salieron en la oscuridad. El cañón del arma de Anders casi rozaba las telas azules de la urca, la cual volvía frecuentemente la cabeza, sintiendo el aliento jadeante del terrestre, como si esperase verle caer de un momento a otro.

El teniente Anders, con estoicismo inquebrantable y firme como un guerrero consciente de su sagrado deber, no desmayó. Y, por fortuna, el lugar en donde se encontraba Ank-pgor no estaba muy lejos.

La mujer señaló un edificio, ante el que Anders pudo ver numerosos guardianes armados con lanzas.

—Allí es —musitó la urca—. Es-tá mu-y vi-gi-la-do.

—Ya puedes irte. Si me has mentido, te arrepentirás, porque te buscaré y te mataré. Y para no equivocarme, mataré a todas las mujeres urcas. Una de ellas serás tú, sin duda… Y de esa guardia yo me encargo.

La mujer se fue apresuradamente y Anders, arrimado a los muros, se acercó con cautela. Cuando estuvo a prudente distancia, su silenciosa máquina siseó suavemente… ¡Y todos los guardianes de la entrada quedaron paralizados!

Avanzó entonces Anders todo lo rápidamente que le fue posible. Alcanzó la entrada, amplia y artística, y se metió en un amplio vestíbulo. Allí no había nadie, pero un rumor de voces le orientó hacia un piso superior.

Cuando subía la escalera, alguien apareció en lo alto. De nuevo funcionó la «helly» y un mago cayó rodando la escalera, sin exhalar ni una queja. No era Ank-pgor.

A éste le encontró en una amplia habitación, presidiendo una reunión de magos, a los que sorprendió a todos con la potente luz de la linterna, cegándoles. Había dejado ir el palo que le servía de muleta para poder utilizar la lámpara y la «helly».

El arma funcionó perfectamente, hasta casi alcanzar el lugar privilegiado, en donde se encontraba Ank-pgor, acompañado de un extraño individuo, muy viejo y de andrajosas ropas de colores.

Ank-pgor se levantó, cegado por la luz, gritando:

—¡No, no disparéis! ¡A mí no, por vuestro Dios!

—¡Perro rabioso! —rugió Anders—. Es a ti, precisamente a quien quiero. Pero no he venido a matarte, sino a llevarte al palacio, para que sirvas de rehén a mis compañeros y sus vidas se protejan con la tuya.

—Los hechos dan confirmación incuestionable a mis palabras, Ank-pgor —habló solemnemente el extraño viejo que había junto al mago—. He ahí la prueba del valor y la decisión de esos hombres, a los que no has debido provocar y menos echártelos por enemigos.

—Lo siento, Tjar-dok… Creo que ya es tarde para rectificar… Retira esa luz… ¡Me ciega!

—¿De qué luz hablas? —preguntó el viejo—. No veo ninguna luz.

Anders observó que los hundidos ojos del anciano no estaban protegidos por las gafas ranuradas de los magos. Comprendió instintivamente que estaba ciego.

—¿Quién es este sujeto? —preguntó Anders.

—Es el mago Tjar-dok, que ha vuelto de su destierro, para que nos aconseje en los momentos difíciles que atravesamos. Él me ha aconsejado hacer la paz con vosotros.

Anders dudó unos instantes. Luego dijo:

—Bien. Vamos a ir nosotros tres solos al palacio. No intentéis nada porque os estaré apuntando con la «helly». Iremos en la oscuridad para que nadie nos ataque… ¡Y mucho cuidado con vuestros trucos de magia! ¡Dispararé a matar aunque no os vea! ¡Greiz me ha enseñado vuestros secretos! ¡En marcha, Ank-pgor!

Estaba amaneciendo cuando, desde su atalaya de observación, Greiz vio a Ank-pgor, con el cuerpo insensible de Ralph Anders sobre sus hombros, que colgaba flácido de pies y manos, avanzar hacia el castillo, seguido de un extraño viejo. Habían salido de entre unos árboles, cerca de la orilla y avanzaban despacio. Era fácil comprender que Ank-pgor iba fatigado bajo el peso del cuerpo de Anders.

Inmediatamente, Greiz empuñó la «helly» y llamó a Miriam, que dormía a sus pies, sobre una montaña de telas.

—¡Eh, Miriam, despierta! ¡Dime si estoy soñando o no! ¡Esto no puede ser un truco de magia!

La joven se despertó sobresaltada y se levantó.

—¡Ank-pgor! —exclamó—. ¡No cabe duda! ¿A quién trae sobre los hombros?

—Creo que es Ralph Anders… Empiezo a comprender lo ocurrido. Vamos abajo inmediatamente… ¡Despierta a todos, pronto!

Aún no había terminado de hablar, cuando Greiz ya corría escalera abajo, para llegar a una de las puertas que habían tapiado con piedras y empezar a retirar éstas, hasta conseguir un agujero lo suficiente amplio para permitirle el paso.

Mientras retiraba las piedras, llegó Selly, alarmada.

—¿Qué ocurre, Haar? ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué destruyes el trabajo que hicimos ayer?

—¡Es Ank-pgor, Selly! —replicó él, excitadamente—. Y nos devuelve a Ralph.

Selly no pudo responder. Y cuando fue a decir algo, Greiz ya salía por entre las piedras, descendía al piso exterior y corría en dirección a donde Ank-pgor y Tjar-dok se habían detenido, cerca de la entrada principal, dejando en el suelo el cuerpo insensible de Anders.

Se acercó a ellos y preguntó:

—¿Por qué lo habéis traído?

—No, Greiz —contestó Ank-pgor—. Nos ha traído él a nosotros.

—¿Cómo?

—Sí. Él fue a buscamos a la ciudad. Llevó su arma y la luz diabólica y nos obligó a venir, amenazándonos con matarnos si no le obedecíamos.

—Pero… ¿Está muerto?

—No, todavía no —habló el viejo Tjar-dok, en quien Greiz apenas si se había fijado—. Aún le quedan fuerzas para despedirse antes de emprender el eterno viaje.

—¿Quién es usted?

—Él es Tjar-dok, el mago que estaba desterrado en las lejanas montañas —habló Ank-pgor, poniéndose en pie y mirando fijamente a Greiz—. Ha venido caminando sobre sus débiles piernas para aconsejamos que no debemos luchar contra vosotros y que es preferible ser amigos.

—La amistad es más hermosa que el odio —habló Tjar-dok, solemnemente—. Y, además, esta amistad entre urcos y terrícolas nos beneficiará a todos.

»Yo he pensado mucho en las desdichas que nos afligen y he comprendido que un destino superior a nosotros rige los actos de los hombres. Vosotros habéis venido aquí para abrir nuestros ojos. Los míos ya están secos y no ven.

»Ank-pgor también terminará ciego porque los cristales de roca que esconde debajo de sus gafas, y que le permiten enviar su hipnosis con más fuerza, también le ciegan al recibir la luz exterior.

Ank-pgor se llevó las manos al rostro y se quitó las extrañas gafas, con sumo cuidado. Greiz pudo ver entonces sus ojos, que parecían dos cristales amarillos.

—Lo siento, Greiz —dijo Ank-pgor—. Siento todo lo ocurrido y prometo no emplear más mi magia contra vosotros.

—En mi mundo —habló Greiz, también con solemnidad—, los pactos de hombres se sellan estrechándose la mano con sinceridad.

Ank-pgor se despojó de la manopla, mostrando una mano blanca y lisa, como la de una mujer, que tendió hacia Greiz.

—Os ayudaremos hasta que lleguen vuestras naves de rescate.

—Gracias, Ank-pgor.

En aquel instante se acercaron Selly y los otros supervivientes, que se habían mantenido alejados por lo que pudiera ocurrir. Miriam se arrodilló junto a Anders y le auscultó. Luego levantó la cabeza y dijo:

—Debemos llevarle adentro. Está muy débil.

Nyanza y Greiz se inclinaron para levantar a Anders, pero en aquel preciso instante, el herido abrió los ojos y murmuró:

—Greiz, lo siento… Mi intención era buena… Me desmayé cuando venía con Ank-pgor hacia aquí.

—No te preocupes, Ralph. Ank-pgor te ha traído.

Los ojos del herido se agrandaron. Luego, volviendo la cabeza, se fijó en el mago, que tenía otro aspecto sin sus gafas de telehipnosis.

—¿Por qué? ¿Por qué? —repitió Anders.

—Porque entre los hombres no debe reinar el odio —contestó Ank-pgor.

—Es cierto, Anders. Te ha traído él. Ya no habrá más lucha. Te atenderemos y vivirás. Pronto llegarán las naves del rescate.

Anders sacudió la cabeza.

—No… Para mí no habrá ya rescate… Me voy, Greiz… Yo os causé el daño y quería repararlo… Selly, perdóname.

Selly se arrodilló también junto al herido, tomándole piadosamente la mano.

—No tengo nada que perdonarte. Sólo te debo un inmenso agradecimiento, Ralph. De no haber sido por ti, todos habríamos muerto.

El enfermo sonrió débilmente.

—Yo te quiero, Selly —musitó.

—Yo también a ti.

—Bésame, Selly.

La joven miró a Greiz, quien asintió con la cabeza, afirmativamente. Entonces ella inclinó su rostro sobre el de Ralph Anders y le besó

suavemente en los labios.

El teniente Ralph Anders murió con el beso de la mujer que amaba en los labios. No podía esperar una ventura mayor.

* * *

Dos naves de rescate aparecieron sobre el cielo de Urca, cuatro meses después de la muerte de Ralph Anders. Desde el restaurado Palacio Verde, los supervivientes acogieron su presencia con gritos de júbilo.

Ank-pgor y su esposa Eila también abandonaron su cámara para salir al jardín, uniéndose a los alegres terrestres que se abrazaban llenos de entusiasmo. Sólo faltaba Paul Nyanza, quien se encontraba en la cámara secreta comunicando con los comandantes de las naves.

—¡Ya están aquí! —exclamó la bella Eila, radiante—. Son vuestros hermanos de raza.

Greiz miró a la esposa del presidente del Senado urca y sonrió.

—Sí, Eila. Ya están aquí… ¡Gracias a Dios!

—¿Os marcharéis inmediatamente?

—Aún estaremos aquí algunos días. Otros compañeros nuestros se quedarán, como embajadores de la Tierra. Ellos os enseñarán todo lo que nosotros no hemos podido enseñaros.

—Serán nuestros más queridos consejeros —replicó Ank-pgor—. Y, para tu satisfacción, antes de que partas, te diré que ya está todo preparado para la gran fiesta de la boda de las princesas. Invitaremos a tus amigos. Será una gran fiesta.

—Acepto encantado, Ank-pgor. Estoy seguro de que Arktmer, desde el más allá, nos estará contemplando con alegría.

Selly se acercó y se abrazó a Greiz.

—¿Por qué no nos casamos nosotros también? Estoy segura de que nuestra boda y la de las princesas será histórica.

—¿Tú lo quieres, Selly?

—Sí.

—¡Pues lo haremos!

Las naves descendieron sobre un campo, a veinte millas de la ciudad. Una enorme recepción fue organizada con tal motivo y los comandantes de las naves de rescate, al ver aquella multitud enfervorecida, sintieron una emoción intensa.

De todas las gargantas de los urcos salía la palabra que les había enseñado Greiz:

—Bien venidos.

El encuentro de Greiz con los comandantes también fue emocionante. Primero se miraron fijamente, sonriendo, y luego se abrazaron los tres con calor. La Guerra Eterna había terminado ya y los hombres estaban ávidos de expresar de algún modo sus sentimientos fraternales.

—Gracias por haber venido a rescatarnos —habló Greiz—. Nuestros corazones os deberán eterna gratitud.

—Ha sido una orden que hemos cumplido con la mayor satisfacción —replicó uno de los dos comandantes—. Al mismo tiempo, me es grato comunicarle que el Departamento de Investigación les ha concedido la medalla al Valor Supremo y el Consejo de la Guerra ha extendido los nombramientos de ascenso, para todos ustedes, a un grado inmediatamente superior… Mis felicitaciones, coronel Greiz.

Haar Greiz no cabía en sí de alegría. Sin embargo, en su natural euforia, se acordó del hombre al que debían todo aquello y, al día siguiente, él y Selly, sin que nadie les viera, fueron a depositar sus medallas sobre la tumba donde yacía Ralph Anders, al que se le había hecho un precioso mausoleo de piedra detrás del palacio.

—A su modo, él también fue un héroe —musitó Greiz—. Capitán Ralph Anders, descansa en paz.

Luego, asidos de la mano, Haar Greiz y Selly, regresaron al palacio, donde iba a celebrarse la gran fiesta de la instauración de un nuevo sistema social en Urca.

La ley obligaba ahora a casarse a todas las mujeres. Y pronto nacerían hijos sanos, hijas, se renovaría la, sangre… ¡Serían más humanos!

FIN